

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

EVANGELIZAR EN TIEMPOS DE INCREENCIA

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

PASCUA DE RESURRECCIÓN, 1994

SUMARIO

INTRODUCCIÓN (n. 1)

Convocados a evangelizar (n. 2)
En tiempos de increencia (nn. 3-4)
Una inquietud de, toda la Iglesia (nn. 5-6)
Nueva etapa histórica (n. 7)
Confiando en el Espíritu (n. 8)
Dos objetivos muy precisos (nn. 9-10)
A quiénes nos dirigimos (n. 11)
Estructura de la Carta (n. 12)

I.- ENTRE EL RECHAZO Y LA NECESIDAD DEL EVANGELIO (n. 13)

Rechazo del Evangelio

- Indiferencia religiosa (n. 14)
- Vaciamiento ético (n. 15)
- Crisis en la transmisión de la fe (n. 16)
- De vuelta del cristianismo (n. 17)

Necesidad de salvación (n. 18)

- Sin luz (n. 19)
- No sólo de pan (n. 20)
- El riesgo de perderse (n. 21)
- ¿Qué tipo de hombre? (n. 22)
- Anhelos de libertad (n. 23)
- Crisis de esperanza (n. 24)
- ¿Qué hacer con la culpa? (n. 25)
- ¿Sólo esta vida? (n. 26)

II.- LLAMADOS DE NUEVO A EVANGELIZAR (n. 27)

Reacciones inaceptables

Hora de evangelización (n. 28)

Tres objetivos urgentes (n. 29)

- Carácter central y constituyente de la evangelización (n. 30)
- La evangelización, tarea de todos los creyentes (n. 31)
- Promover una pastoral evangelizadora (n. 32)

III.- ¿QUÉ ES EVANGELIZAR? (n. 33)

El primer evangelizador (n. 34)

- Anuncio del Reino de Dios (n. 35)
- La Buena Noticia de Dios (n. 36)
- Llamada a la conversión (n. 37)
- Con palabras y hechos (n. 38)
- Una vida que evangeliza (n. 39)
- Los pobres son evangelizados (n. 40)
- Reunir a los dispersos (n. 41)
- Jesús, constituido Evangelio de Dios (n. 42)

El proceso evangelizador (n. 43)

- Anuncio explícito (n. 44)
- Testimonio vivido (n. 45)
- Compromiso transformador (n. 46)
- Conversión al Dios vivo (n. 47)
- Entrada en la comunidad (n. 48)

Evitar malentendidos (n. 49)

- La rutina pastoral
- El retorno al pasado (n. 50)
- Un proyecto puramente temporal (n. 51)
- Anuncio sólo doctrinal (n. 52)

IV.- LÍNEAS DE FUERZA PARA EVANGELIZAR HOY (n. 53)

La salvación cristiana como buena noticia

- Comunicar la Buena Noticia de Dios (n. 54)
- Anunciar a Dios como Amigo del hombre (n. 55)
- Mostrar con hechos su Bondad (n. 56)
- La experiencia del evangelizador (n. 57)

Anuncio con fuerza evangelizadora (n. 58)

- Dirigido a despertar la fe (n. 59)
- Centrado en lo fundamental (n. 60)

- Atención al que busca (n. 61)
- Actitud dialogante (n. 62)
- El anuncio cristiano de la moral (n. 63)

Testigos de Jesucristo en una sociedad indiferente (n. 64)

- No cualquier testimonio (n. 65)
- El testimonio de cada creyente (n. 66)
- El testimonio de la comunidad (n. 67)

El compromiso transformador de los cristianos (n. 68)

- El servicio al hombre (n. 69)
- Promoviendo la justicia (n. 70)
- Junto a los pobres (n. 71)

La llamada a la conversión hoy (n. 72)

- La «primera conversión» (n. 73)
- Reconstruir la experiencia religiosa (n. 74)
- La conversión como buena noticia (n. 75)

La acogida en nuestras comunidades cristianas (n. 76)

- Revitalización de las comunidades (n. 77)
- Comunidades acogedoras (n. 78)

V.- EL GIRO HACIA UNA PASTORAL EVANGELIZADORA (n. 79)

Recuperar la conciencia misionera (n. 80)

- La implicación de la misma Iglesia diocesana
- La responsabilidad de los sacerdotes (n. 81)
- El testimonio de los religiosos (n. 82)
- El compromiso de los seglares (n. 83)
- La familia (n. 84)

Desarrollar la parroquia como comunidad evangelizadora (n. 85)

- La conversión de fondo (n. 86)
- Proyecto misionero (n. 87)
- Consejo Pastoral para la misión (n. 88)

Impulsar el anuncio y la catequesis misionera (n. 89)

- La catequesis de adultos (n. 90)
- La evangelización de los jóvenes (n. 91)
- El anuncio a los alejados (n. 92)
- La preparación de catequistas evangelizadores (n. 93)

Potenciar la fuerza evangelizadora de la celebración litúrgica (n. 94)

- Liturgia en clave evangelizadora (n. 95)
- La Eucaristía dominical (n. 96)
- Responsabilidad de los sacerdotes (n. 97)

Promover el compromiso humanizador (n. 98)

- El compromiso humanizador de la comunidad (n. 99)
- Junto a los «nuevos pobres» (n. 100)
- El compromiso de los seglares en la sociedad (n. 101)

CONCLUSIÓN (n. 102)

INTRODUCCIÓN

1. Conscientes de nuestra responsabilidad de alentar y dirigir a nuestras Iglesias diocesanas según el espíritu de Cristo resucitado, queremos proclamar en voz alta y recordar a todas nuestras comunidades cristianas que también hoy, en momentos difíciles para la fe, «evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar».¹

Convocados a evangelizar

2. Queremos convocaros a todos a la tarea más esencial de la Iglesia: «proclamar la Buena Noticia de Dios»² al hombre de hoy. Ésa es la preocupación que ha de centrar y unificar de manera nueva y vigorosa todos nuestros esfuerzos, trabajos y actividades: hacer presente en medio de la sociedad el Evangelio de Jesucristo que «es fuerza de salvación para todo el que cree».³ El mandato del Resucitado tiene que resonar en nuestros corazones como la encomienda más gozosa, la obligación más grave y la llamada más urgente: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda la creación».⁴ «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».⁵

En tiempos de increencia

3. En pocos años ha cambiado profundamente el clima religioso que se respiraba entre nosotros. Los intensos cambios sociales y culturales de estas últimas décadas están produciendo un debilitamiento de la fe de no pocos cristianos y un deterioro de la vida moral, personal, familiar y social. Son bastantes los que hoy viven su vida al margen de Dios y de cualquier referencia cristiana. No parecen necesitar de Él para dar sentido a su existencia. Un tono de indiferencia y desafección religiosa impregna la cultura dominante, el pensamiento, las convicciones más generalizadas, la conducta y el género de vida de no pocos.

Durante estos últimos años, los Obispos de Euskal Herria os hemos querido ayudar con nuestras Cartas Pastorales a «creer en tiempos de increencia».⁶ Nos

¹ Pablo VI, *La evangelización en el mundo contemporáneo*. Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 14.

² Mc 1,14.

³ Rm 1,16.

⁴ Mc 16,15.

⁵ Mt 28,19-20.

⁶ *Creer en tiempos de increencia* (Cuaresma-Pascua, 1983); *Salvación y existencia eterna. Gozo y esperanza* (Cuaresma-Pascua, 1990); *Convertios y creed la Buena Noticia* (Cuares-

hemos esforzado por examinar y comprender mejor los motivos y experiencias que han conducido a tantos a la indiferencia. Os hemos animado a reavivar vuestra fe y a redescubrir la riqueza de la experiencia cristiana en medio de ese clima de incredulidad que nos puede estar trabajando incluso a quienes nos decimos cristianos. Hemos querido rescatar la fe en el Dios vivo, tan desprestigiada socialmente, y purificar su imagen tantas veces deformada por el corazón humano.⁷ Nos hemos esforzado por mostrar cómo nos puede ayudar el Evangelio de Jesucristo a afrontar hoy nuestra tarea humana con sentido más pleno, responsabilidad más lúcida y esperanza más gozosa.⁸

4. Pero no basta con vivir la fe. Hemos de comunicarla. Queremos poner a nuestras Iglesias diocesanas en dirección a un objetivo: «evangelizar en tiempos de incredulidad». Éste quiere ser nuestro primer empeño en estos tiempos.

En diversas ocasiones os hemos dado a conocer las preguntas que nacen en nuestra conciencia de creyentes y de pastores ante una crisis religiosa tan profunda: estos hombres y mujeres aparentemente tan desinteresados por la religión, ¿ya no la necesitan? ¿Qué queda en ellos de aquella fe que un día habitó su corazón? ¿Se han cerrado para siempre a Jesucristo? ¿Qué es lo que está alejando a las nuevas generaciones de nuestra Iglesia? ¿Por qué no llegan a descubrir a Dios como «el mejor guardián y el mayor amigo del hombre?».⁹

Estas preguntas nacen de una interpelación de fondo que nos llega desde el mandato mismo de Cristo de proclamar el Evangelio a todo hombre. Una interpelación que ha de resonar en todas y cada una de nuestras comunidades cristianas: ¿Cómo puede el Evangelio ser noticia y noticia buena en esta sociedad? ¿Cómo anunciar a Cristo a hombres y mujeres que, habiendo oído hablar de Él, hoy le dan la espalda? ¿Cómo hacer creíble su Evangelio a personas que lo rechazan después de haber escuchado, de alguna manera, su mensaje? ¿Cómo presentar la salvación cristiana a quienes no parecen necesitarla? En definitiva, ¿cómo anunciar y ofrecer al hombre de hoy el Evangelio de la vida y la salvación de Jesucristo de tal manera que pueda ser acogido, vivido y experimentado ya desde ahora, dentro de los límites y fragilidad de nuestra existencia, como promesa de Vida eterna?

Una inquietud de toda la Iglesia

5. No es sólo inquietud nuestra. En toda la Iglesia se deja sentir hoy de manera nueva y urgente la necesidad de centrar el trabajo y los esfuerzos pastorales en la acción evangelizadora. De manera repetida e insistente, el Papa viene recordando a las Iglesias «la actual urgencia de una nueva evangelización».¹⁰ En su encíclica *Redemptoris missio* decía así: «Preveo que ha llegado el momento de dedicar todas las

ma-Pascua, 1991) en “Al servicio de la Palabra”, cartas pastorales y otros documentos conjuntos de los Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria (1975-1993), pp. 664-714, 800-852 y 864-919 respectivamente.

⁷ *Creer hoy en el Dios de Jesucristo* (Cuaresma-Pascua, 1996), o.c., pp. 536-590.

⁸ *En busca del verdadero rostro del hombre* (Cuaresma-Pascua, 1987), o.c., pp. 597-650; *Al servicio de una vida más humana* (Cuaresma-Pascua, 1992), o.c., pp. 975-1028.

⁹ *Ibid.*, p. 600.

¹⁰ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, nn. 34-35.

fuerzas eclesiales a la nueva evangelización y a la misión *ad gentes*». ¹¹ Lo mismo afirmábamos los Obispos hace unos años: «La hora actual de nuestras Iglesias tiene que ser una hora de evangelización». ¹² Y nos hacíamos las mismas preguntas que ahora queremos compartir con vosotros: «¿cómo hablar de Dios y de su Reino en el mundo actual? ¿Cómo suscitar en nuestros hermanos cristianos un mayor dinamismo evangelizador y misionero? ¿Cómo intensificar nuestro servicio al mundo en que vivimos?». ¹³

6. Un esfuerzo renovado de evangelización y difusión de la fe verdadera es la mejor contribución que nosotros podemos hacer al desarrollo profundo y al crecimiento verdaderamente humano de nuestra sociedad. Por eso, al invitaros a centrar todos los esfuerzos en una pastoral de evangelización, no nos desentendemos ni apartamos de los problemas que nos acucian y atormentan a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Al contrario, nos esforzamos por ofrecer al hombre de hoy el servicio más urgente y de consecuencias más hondas que la Iglesia puede prestarle, pues estamos convencidos de que la acogida de la gracia y la salvación de Dios, y la adhesión a Jesucristo son la luz más clara, el estímulo más vigoroso y el camino más acertado para desarrollar una vida individual y social más humana.

Nueva etapa histórica

7. Antes que nada, queremos que nuestras diócesis tomen conciencia de que comienza una etapa histórica nueva para nuestra Iglesia. Hasta hace poco, nuestras parroquias y comunidades cristianas y todos nosotros hemos vivido en el interior de una cultura nacida más o menos directamente de la fe cristiana. Hoy no es así. Todos percibimos ya de manera clara cómo esa situación cultural está siendo sustituida por otra nacida, en gran parte, del agnosticismo y la increencia.

Está concluyendo entre nosotros un ciclo cultural en el que la fe cristiana se vivía, se enseñaba y transmitía de una forma casi espontánea. A nosotros nos toca hoy comenzar una nueva etapa en la historia de nuestra Iglesia con el ardor, la fe y el espíritu de los primeros tiempos. La tarea evangelizadora es la de siempre. Pero hablamos de «nueva evangelización» porque hemos de anunciar y ofrecer la salvación de Jesucristo en condiciones nuevas y a un hombre culturalmente diferente. No se trata sólo de nuevos métodos y movilizaciones pastorales. El Papa nos invita a «una nueva calidad de evangelización» ¹⁴ y a «una nueva síntesis creadora entre el Evangelio y la vida». ¹⁵

Es importante que captemos bien la importancia y el significado de este tiempo eclesial. Se trata de ponernos en condiciones de comunicar el Evangelio de Jesucristo al hombre de hoy, de buscar juntos cómo hemos de revitalizar y configurar nuestra Iglesia para que sea «signo e instrumento» eficaz de evangelización en la

¹¹ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Redemptoris missio*, n. 3.

¹² *Testigos del Dios Vivo*. Reflexión sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra sociedad. Conferencia Episcopal Española, n. 53.

¹³ *Ibíd.*, n. 5.

¹⁴ Carta a los Presidentes de los Episcopados de Europa (2-I-1986), en *Ecclesia* 2.253 (1986), p. 114.

¹⁵ Discurso al Convenio de las Conferencias Episcopales de Europa (11-X-1985), n. 2, en *Ecclesia* 2.242 (1985), p. 1321.

sociedad actual, cómo renovarnos para servir fielmente a ese Cristo que «sale al encuentro del hombre de toda época, también de nuestra época, con las mismas palabras: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”».¹⁶

Confiando en el Espíritu

8. La tarea de evangelizar la sociedad actual nos puede parecer excesiva y desproporcionada para nuestras fuerzas. Nos puede estar trabajando interiormente la sensación de que el hombre de hoy es incapaz de escuchar la llamada de Dios y responder a esa fuerza transformadora y salvadora que la resurrección de Cristo ha introducido en la historia. Podemos sentir la tentación de Moisés: «No me creerán»; «no sé hablar»; «no escucharán mi voz»,¹⁷ y dejamos paralizar por la cobardía, pensando que no sabremos estar a la altura de nuestra tarea hoy.

Sin embargo, lo que se nos pide no es un esfuerzo que está por encima de nuestras posibilidades. El Espíritu de Dios está actuando ya en esa cultura agnóstica e indiferente antes de que nosotros empecemos a organizar nuestra pastoral evangelizadora. Lo que a nosotros se nos pide es secundar su acción e impulsar la conversión que nos haga portadores más creíbles de la Palabra y el amor de Dios. No hemos de olvidarlo: la verdadera evangelización es siempre servicio y participación en la acción salvadora que el Espíritu de Dios está llevando a cabo en la historia.

Por eso, la «nueva evangelización» no es tampoco un acto de voluntarismo que de pronto nos moviliza a todos. Es una experiencia que el Espíritu viene preparando de manera más explícita a partir, sobre todo, del Concilio Vaticano II. Lo que se nos pide ahora es tomar conciencia más lúcida y responsable de nuestra misión evangelizadora, y ahondar en la renovación eclesial necesaria para hacer presente la fuerza salvadora del Evangelio en la sociedad actual.

Dos objetivos muy precisos

9. Desde el principio os queremos indicar los dos objetivos que constituyen el hilo conductor de nuestra Carta Pastoral y que todos hemos de tener muy presentes en estos momentos.¹⁸

En primer lugar, *recuperar la conciencia evangelizadora*. Durante mucho tiempo han venido funcionando entre nosotros mecanismos que tradicionalmente servían para «transmitir» la fe. Los sacerdotes predicaban a los fieles congregados en la misa dominical, los padres educaban cristianamente a los hijos, los catequistas y maestros enseñaban la doctrina cristiana a sus alumnos. Parecía suficiente. Bastaba el ambiente cultural para que se practicara la religión. No se sentía la necesidad de una acción realmente evangelizadora.

Nuestras Iglesias centraban entonces sus esfuerzos en los servicios y la atención a los practicantes. La preocupación principal de la pastoral era instruir esa fe

¹⁶ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Redemptor hominis*, n. 12.

¹⁷ Ex 4.

¹⁸ Os lo recordábamos también en nuestra Carta Pastoral *Creer en tiempos de increencia* (Cuaresma-Pascua, 1988), nn. 67-68, en “Al servicio de la Palabra”, pp. 706-707.

que se suponía en todo individuo y conservarla viva mediante la práctica de los sacramentos. Poco a poco, las parroquias se polarizaron casi exclusivamente en la catequesis, en el culto y en las prácticas religiosas, perdiendo dinamismo misionero y olvidando cada vez más la tarea propiamente evangelizadora.

Desde nuestra responsabilidad de pastores diocesanos y nuestra voluntad de escuchar con fidelidad el mandato evangelizador de Jesús, os queremos decir: lo que hemos venido haciendo durante tantos años, con tanto esfuerzo y generosidad, cumpliendo nuestra tarea de entonces, hoy ya no es suficiente para hacer presente el Evangelio en una sociedad indiferente y descreída. Por eso, la crisis actual puede ser hora de gracia y estímulo que nos lleve a recuperar la conciencia evangelizadora y descubrir otra vez con gozo la verdadera misión de la Iglesia y de las comunidades cristianas en el mundo.

10. En segundo lugar, *aprender a evangelizar hoy*. La evangelización siempre es la misma y «debe contener siempre como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo, una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios».¹⁹

Pero el momento cultural y el hombre al que hay que proclamar este Evangelio son diferentes. Por eso, nuestra primera tarea, humilde pero urgente en estos momentos, es aprender a evangelizar. Aprender a poner en marcha la evangelización que reclama esta sociedad, un día tradicionalmente cristiana y hoy indiferente en gran medida a Dios.

Nos falta experiencia. No nos resultará fácil desprendemos de actitudes y esquemas de actuación propios del pasado. Acostumbrados a presentar la fe a personas que la aceptaban sin dificultad, no sabemos cómo dialogar con los increyentes y cómo anunciar a Jesucristo a los indiferentes. Entramos en una fase abierta y creativa, llena de posibilidades y estimulante. Un tiempo en el que todos nos hemos de sentir llamados a participar, cada uno desde su propia responsabilidad y colaboración. Nosotros queremos, por nuestra parte, ofrecer algunas líneas de fuerza que nos ayuden a abrir caminos nuevos de evangelización.

A quiénes nos dirigimos

11. Nos dirigimos, en primer lugar, a nosotros mismos y a vosotros, los sacerdotes, nuestros primeros colaboradores en la responsabilidad pastoral y apostólica. Se nos pide hoy dar un giro importante en el trabajo pastoral para introducir en nuestras parroquias y comunidades cristianas un mayor espíritu misionero y evangelizador. Tarea urgente en la que, tal vez, no hemos pensado suficientemente y que nos exige a todos «renovar el carisma de Dios que está en nosotros por la imposición de las manos».²⁰

Os convocamos también a las comunidades de religiosos y religiosas. Desde vuestra vocación de seguimiento radical a Cristo estáis llamados a introducir en nuestra sociedad «los signos del Reino de Dios» con especial intensidad. Nuestras Iglesias necesitan de vuestro trabajo y colaboración generosa. Pero os necesitamos,

¹⁹ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 27.

²⁰ Cfr. 2 Tm 1,6.

sobre todo, como «testigos excepcionales de la trascendencia del amor de Cristo»²¹ y como «fermento permanente de renovación salvífica».²²

Queremos también que nuestra llamada llegue hasta las familias. No pocos padres y madres sufrís en vuestro propio hogar el desgarramiento de seres queridos que ya no comparten vuestra fe. Queremos despertar vuestra responsabilidad esperanzada y animaros a revitalizar la fe en vuestros hogares. Nada puede sustituir al clima religioso que podéis crear en vuestras casas y al testimonio de fe vivida que podéis dar a vuestros hijos. Estamos convencidos de que la fe o la increencia de las nuevas generaciones se juega, en buena parte, en la familia.

Pero la responsabilidad de anunciar y hacer presente el Evangelio en esta sociedad es de todos los que os sentís cristianos. Pensamos en todos los seglares que, con tanta generosidad, trabajáis en nuestras parroquias y comunidades cristianas: catequistas, monitores, educadores, colaboradores en la celebración litúrgica, en la pastoral de la caridad y en otros servicios. Y en todos los que, insertos en sus propias comunidades y formando parte de movimientos apostólicos, os esforzáis en la evangelización de los ambientes. Cada uno desde vuestro propio trabajo estáis llamados a colaborar de maneras diferentes en esta tarea común: ir construyendo unas comunidades más evangélicas y con más fuerza evangelizadora.

Y pensamos también en todos los que podéis ser testigos del Evangelio desde vuestro compromiso profesional, cultural, político o social. Al escribir esta Carta no olvidamos la afirmación del Concilio: «Los laicos tienen como vocación especial el hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y circunstancias donde ella no puede llegar a ser la sal de la tierra sino a través de ellos».²³

Sin vuestro testimonio y compromiso difícilmente llegará el anuncio y la fuerza salvadora del Evangelio hasta el entramado de la sociedad.

Estructura de la Carta

12. Ante todo, tratamos de acercarnos a la sociedad actual a la que vemos debatirse *entre el rechazo y la necesidad del Evangelio* (capítulo 1). Ante esta situación, la única reacción posible, si somos fieles a Cristo, es sentirnos *llamados de nuevo a evangelizar* (capítulo 2). De ahí, nuestro esfuerzo por descubrir mejor *¿qué es evangelizar?* (capítulo 3). Sólo desde una visión clara de la evangelización podemos trazar algunas *líneas de fuerza para evangelizar hoy* (capítulo 4) y concretar los cambios necesarios para impulsar *el giro hacia una pastoral evangelizadora* (capítulo 5).

²¹ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelica testificatio*, n. 3.

²² Juan Pablo II, *Redemptoris donum*, n. 14.

²³ *Lumen gentium*, n. 33.

I.- ENTRE EL RECHAZO Y LA NECESIDAD DEL EVANGELIO

13. Nuestra llamada a la evangelización nace de una profunda convicción: Dios ama al hombre de hoy con igual amor con que rodeó al hombre de ayer y abrazará al hombre de mañana. Por eso nos acercamos al mundo actual de manera cordial y esperanzada. Sabemos que es un mundo que rechaza de muchas maneras a su Salvador, pero necesita más que nunca salvación.

Rechazo del Evangelio

Nuestro país, caracterizado tradicionalmente por una profunda religiosidad, ha vivido estos años de manera acelerada el proceso de secularización que se ha producido en las sociedades occidentales. Indicamos brevemente algunos hechos fáciles de captar por todos y que reflejan el oscurecimiento y retroceso de la fe entre nosotros.

- **Indiferencia religiosa**

14. Lo primero que constatamos es el carácter generalizado que reviste ya la increencia en nuestra sociedad. Lo afirmado por el Vaticano II es una realidad entre nosotros: «Muchedumbres cada vez más numerosas se alejan prácticamente de la religión. Negar a Dios o la religión, o bien prescindir de ellos, no constituye ya, como en épocas anteriores, un algo insólito e individual».²⁴ Es cierto que la mayoría de las gentes sigue creyendo de alguna manera en Dios, pero es fácil observar que la cultura actual divulga entre nosotros una visión del mundo, del hombre y de la historia que imprimen a la vida una orientación no creyente. La ciencia, el arte y la literatura que se produce, los medios de comunicación que invaden los hogares, propagan, por lo general, una cultura que presupone o favorece la increencia.

Lo que percibimos no es tanto un rechazo, abierto y sistemático de Dios, cuanto una actitud de indiferencia y falta de sensibilidad ante el planteamiento mismo de la fe en él. En no pocas personas, Dios no suscita apenas interés alguno. Poco a poco se va imponiendo un estilo de vida, sin ningún horizonte de trascendencia, instalado en la contingencia de cada día, sin más atractivo ni valores convincentes y operantes que la felicidad inmediata, fundada sobre todo en la posesión y disfrute de abundantes bienes materiales.

Mientras tanto, la fe en Dios que en otros tiempos venía ofreciendo sentido, fundamentación moral y esperanza de salvación, va siendo abandonada como algo desfasado que cada vez tiene menos relevancia. Incluso, cuando su existencia es admitida, Dios no es percibido como Amigo ni Salvador. Dios no es Buena Noticia.²⁵

No es tampoco coherente el comportamiento de muchas personas indiferentes o alejadas que celebran matrimonio sacramental o presentan a sus hijos para su bautizo y primera comunión. Ese alejamiento de la vida cristiana coexiste, así, con

²⁴ *Gaudium et spes*, n. 7.

²⁵ Para un análisis más detallado de la increencia religiosa ver nuestra Carta Pastoral *Creer en tiempos de increencia* (Cuaresma-Pascua, 1988), nn. 1-35, en "Al servicio de la Palabra", pp. 664-686.

la celebración de algunos sacramentos que quedan empobrecidos de su verdadero significado y con el riesgo de verse reducidos a actos sociales más que religiosos.

- ***Vaciamiento ético***

15. Junto a esta indiferencia religiosa, la cultura dominante de carácter racionalista y un estilo de vida pragmático y hedonista van vaciando progresivamente las conciencias de una inspiración cristiana y de todo contenido ético. La producción técnica, la racionalidad económica y la acción política pretenden imponer su propia lógica de eficacia y rendimiento sin permitir apenas intervención alguna de carácter ético. Se extiende entonces la persuasión de que los valores éticos y particularmente los inspirados en la fe cristiana son un freno para la eficacia y el progreso, o un estorbo para una vida liberada y de disfrute.

Al mismo tiempo, no es difícil constatar una creciente «secularización de las conciencias». Dios tiene cada vez menos peso determinante al decidir el propio comportamiento. Son bastantes los que, al adoptar sus pautas de conducta, no sienten necesidad de recurrir a la enseñanza moral transmitida por la Iglesia. En no pocas personas, se puede hablar incluso de un «vacío ético», pues, privadas de criterios sólidos, van cayendo en la insensibilidad moral o se dejan arrastrar por puros intereses individuales o de grupo. No es extraño, entonces, que la llamada a la conversión sea percibida más como mutilación del ser humano que como oferta de vida más plena y liberada.²⁶

- ***Crisis en la transmisión de la fe***

16. En este contexto socio-cultural es fácil constatar una profunda crisis en la transmisión de la fe. La familia y la escuela ya no son, con frecuencia, ámbitos donde las nuevas generaciones puedan aprender a creer. Por otra parte, a pesar de los esfuerzos pastorales que se realizan, son pocos los jóvenes que recorren un camino de iniciación que les conduzca a vivir su fe en Jesucristo de manera convencida en el seno de una comunidad cristiana.

Éste es el dato doloroso. A la vez que las comunidades cristianas difícilmente logran enraizar en la fe a nuestros jóvenes, la sociedad los va iniciando a una comprensión de la existencia y un estilo de vida alejados del Evangelio. Neutralizada rápidamente por la presión social la educación cristiana que han podido recibir, las nuevas generaciones creen encontrar la buena noticia de su liberación no en el Dios encarnado en Jesucristo sino en los ídolos del dinero, el sexo, la droga o el consumismo sin medida, nueva «religión popular» que atrae, fascina y a la que se sacrifica todo.

- ***De vuelta del cristianismo***

17. La indiferencia religiosa de nuestros tiempos no es, por lo general, fruto de una decisión personal ni conclusión de un razonamiento teórico. Es más bien el resultado práctico de un clima donde lo religioso se ha ido tornando irrelevante al ir perdiendo importancia y prestigio sociales.

²⁶ Ver nuestra Carta Pastoral *Seguimiento de Jesús y conciencia moral* (Cuaresma-Pascua, 1985), en “Al servicio de la Palabra”, pp. 492-535.

El proceso comienza por el abandono callado de la práctica religiosa. Le siguen el alejamiento de la Iglesia, la disolución del contenido de la fe y el deterioro de la conciencia y del comportamiento moral. Desaparecen del horizonte de la persona el Dios revelado en Jesucristo, la preocupación por la salvación, el mensaje del Evangelio. Esas personas «no parecen sentir inquietud religiosa ni advierten por qué han de ocuparse de la religión».²⁷

Pero esta indiferencia de los adultos, es importante recordarlo, es un estado al que se ha llegado después de un contacto preciso con el cristianismo, aunque éste se haya reducido a una educación bastante superficial y una práctica rutinaria más o menos «obligada». Son personas que creen conocer el cristianismo y afirman saber por experiencia la vaciedad de las palabras que repite la Iglesia y el aburrimiento de la liturgia cristiana. No guardan buen recuerdo de su experiencia religiosa. De ser cierto lo que dicen, el Dios que han conocido no ha sido para ellos gracia, liberación, fuerza y alegría para vivir, ni esperanza para morir.

Necesidad de salvación

18. Pero este hombre de hoy, como los hombres de todos los tiempos, sólo puede alcanzar su plenitud en el encuentro amoroso con el Dios de la gracia y en la acogida de su voluntad salvadora. Por eso, cuando la cultura moderna niega a Dios y olvida la trascendencia, está cerrando al ser humano el único camino que le puede llevar hasta su último y pleno destino: la vida eterna.

No es ésta sólo la convicción fundamental de una Iglesia que «cree que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre luz y fuerzas por su Espíritu, para que pueda responder a su máxima vocación; y que no ha sido dado a los hombres bajo el cielo ningún otro nombre en el que haya que salvarse».²⁸ Es, al mismo tiempo, una realidad que se puede entrever de diversas maneras en la experiencia misma del hombre contemporáneo.

- ***Sin luz***

19. El hombre de hoy, configurado por el pensamiento científico, se esfuerza por conocerlo y dominarlo todo, pero no puede conocer ni dominar el origen, el sentido y el destino de su existencia. Al contrario, se diría que el progreso científico no hace sino agigantar aún más su necesidad de ser iluminado por otra luz. Al negar a Dios, el hombre actual se queda sin respuesta al misterio de la vida, sin luz para vislumbrar el «desde dónde» y el «hacia dónde» de la existencia. ¿No necesita esa Palabra que es «luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo»?²⁹

- ***No sólo de pan***

20. El hombre de hoy busca alimentar pragmáticamente su vida de todo aquello que parece útil para satisfacer sus necesidades. De hecho, el desarrollo orienta a las personas a una búsqueda imparable de bienestar material. Pero, al mismo tiempo, se escuchan ya preguntas inevitables: ¿Hacia dónde nos dirigimos con todo nuestro progreso? ¿Estamos respondiendo a las verdaderas necesidades del ser humano? ¿Sabemos siquiera dónde está y en qué consiste nuestro último bien? ¿No es cierto

²⁷ *Gaudium et spes*, n. 19.

²⁸ *Ibíd.*, n. 10.

²⁹ Jn 1,9.

también hoy que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»?³⁰

- ***El riesgo de perderse***

21. A pesar del admirable progreso científico y técnico, no parece que el hombre consigue ser más humano. Al contrario, queda con frecuencia despojado de su humanidad, reducido a puro instrumento, prisionero de su propio poder, empujado a una lucha de competitividad insolidaria. Es entonces cuando «el mundo actual se muestra, al mismo tiempo, poderoso y débil, capaz de realizar lo mejor y lo peor, pues tiene ante sí el camino hacia la libertad o la esclavitud, el progreso o el retroceso, la fraternidad o el odio». ³¹ De ahí, esa mezcla de sentimientos en la cultura moderna: por una parte, el orgullo del poder adquirido por el hombre; por otra, la inseguridad e incertidumbre ante el futuro. ¿Se basta el hombre a sí mismo? ¿No necesita abrirse a una Realidad mayor que él? ¿No sería todo distinto si se enraizara de nuevo en el Absoluto y orientara su existencia desde la fe en ese Dios de Jesucristo que sólo busca su plena realización? ¿No necesitamos de ese Hijo enviado por Dios a los hombres «para que el mundo se salve por medio de él»?³²

- ***¿Qué tipo de hombre?***

22. Aun en medio de una profunda crisis de valores morales, no podemos dejar de preguntarnos qué tipo de hombre queremos ver nacer y qué tipo de sociedad queremos configurar. ¿Cómo definir y luchar por objetivos sociales o políticos inmediatos, si no sabemos o no queremos saber cuál es la razón de ser, el sentido o el proyecto humano de la vida de las personas? El hombre de hoy, como el de siempre, necesita conocer cuáles son los valores auténticos que ha de perseguir para caminar hacia la liberación real y plena del ser humano. No basta para ello con dejarnos llevar por valores subjetivos, imprecisos y fluctuantes. No basta tampoco con lograr en cada momento un nuevo consenso social y legal, sin las adecuadas referencias a valores objetivos. En una sociedad guiada por tantos intereses de signo diverso y atraída por tantas apetencias de carácter hedonista, ¿quedará así asegurada la defensa de toda vida y la dignidad de toda persona? ¿No es necesaria la referencia a algún Valor absoluto? ¿No es necesario Jesucristo como «el camino, la verdad y la vida» del ser humano?³³

- ***Anhelo de libertad***

23. El anhelo profundamente humano del hombre moderno de alcanzar auténtica libertad no siempre se traduce en liberación. No son pocos los que, después de haber roto con su pasado religioso, terminan sometiendo sus vidas a nuevas servidumbres, ideologías y conformismos, sin crecer en responsabilidad individual y social.

Lejos de ver surgir un hombre más lúcido y responsable, estamos constatando con frecuencia el nacimiento de «esclavos satisfechos», poco dueños de sí mismos y de su crecimiento humano. Nos apena de modo particular la vida de no pocos jóve-

³⁰ Mt 4,4.

³¹ *Gaudium et spes*, n. 9.

³² Jn 3,17.

³³ Jn 14,6.

nes tan deteriorada y alejada de la realidad. ¿No es ésta una «liberación» vacía de libertad? ¿Qué futuro más libre pueden construir hombres esclavos de tantas cosas? ¿No necesita el hombre de hoy «conocer una verdad que le haga más libre»?³⁴

- ***Crisis de esperanza***

24. Quizás el rasgo más sombrío del momento actual es la crisis de esperanza. La historia de estos últimos años se ha encargado de desmitificar el del progreso, piedra angular de la civilización moderna. Las grandes promesas no se han cumplido. Hemos creado bienestar, pero también marginación, paro, soledad, masificación, individualismo, desigualdad. Hemos hecho la vida más larga, pero también más vacía y superficial. Se extiende poco a poco una convicción: el hombre actual no está acertando en su manera de entender la vida y de buscar felicidad. La crisis de la cultura moderna es, en gran parte, crisis de una sociedad que se está quedando sin horizonte, sin metas ni puntos de referencia en su búsqueda de un futuro mejor para la humanidad. ¿Dónde encontrar fuerza, sentido, horizonte para seguir trabajando por un hombre mejor? ¿Cómo recuperar la esperanza en esa salvación eterna y definitiva de la que el hombre está necesitado? ¿No necesitan los hombres de hoy encontrarse con Jesucristo, venido «para que tengan vida y la tengan en abundancia»?³⁵

- ***¿Qué hacer con la culpa?***

25. También el hombre de hoy conoce la experiencia de la culpa, pero no sabe qué hacer con ella. Por lo general, tiende a olvidar su propio pecado para atribuir todos los males a la sociedad o a la actuación injusta de los demás. Busca por todos los medios ser libre, pero luego trata de eludir su propia responsabilidad. Sin embargo, ésta es la mejor manera de vivir engañados, separados de la propia verdad, incapacitados para una renovación. ¿No necesita el ser humano confesar su propio pecado, saberse perdonado, ser aceptado con sus errores y miserias, y verse restituido de nuevo a su ser más auténtico? ¿No necesita conocer la experiencia del perdón de Dios y el anuncio evangélico: «Tus pecados te son perdonados»?³⁶

- ***¿Sólo esta vida?***

26. El hombre actual no quiere pensar en la otra vida. Prefiere ocuparse sólo del momento presente, organizar lo mejor posible este mundo, disfrutar al máximo de esta vida y olvidar cualquier otro planteamiento. Sin embargo, sabe que no puede eludir la pregunta más seria que llevamos los hombres dentro de nosotros: ¿Qué va a ser de todos y cada uno de nosotros? ¿Qué final nos espera? Es ante la muerte donde aparece «la verdad» de esta civilización que no sabe qué hacer con ella si no es ocultarla al máximo para ignorar su trágico desafío. Este hombre que busca vivir mucho, vivir bien, vivir feliz, pero que tanto teme la vejez y la muerte, ¿no está necesitando escuchar «palabras de vida eterna»?³⁷ ¿no necesita escuchar la promesa de Jesucristo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque muera, vivirá»?³⁸

³⁴ Cfr. Jn 8,32.

³⁵ Jn 10,10.

³⁶ Mc 2,9.

³⁷ Jn 6,68.

³⁸ Jn 11,25.

II.- LLAMADOS DE NUEVO A EVANGELIZAR

27. En diferentes ocasiones os hemos invitado a vivir nuestros tiempos como una «hora de gracia y de interpelación». Hace unos años os decíamos que la crisis religiosa contemporánea nos ayuda a descubrir las insuficiencias e incoherencias de nuestra fe, y nos urge a purificar nuestro seguimiento a Jesucristo y nuestra fidelidad al Evangelio.³⁹ Hoy os queremos invitar a vivir estos tiempos como una «hora de evangelización».

Reacciones inaceptables

Sabemos que sois muchos los creyentes, sacerdotes, religiosos y seglares que, sin eludir la dureza de los tiempos, trabajáis con fidelidad y constancia esforzándoos por llevar el Evangelio al hombre de hoy. Valoramos vuestros esfuerzos por renovar la vida de las parroquias y comunidades, y por dinamizar la acción pastoral. En algunos casos es todavía un trabajo de búsqueda pero que señala ya la dirección hacia una Iglesia más preocupada por el anuncio evangelizador. A todos os animamos a seguir escuchando la llamada del Espíritu.

Hay, sin embargo, quienes, desconcertados por el clima actual, sienten nostalgia de tiempos pasados en que todo parecía más claro y seguro. Es explicable también la actitud defensiva que adoptan otros, atemorizados tal vez por un mundo indiferente y a veces hostil a la fe. Pero, ¿no hemos de escuchar una llamada más honda y urgente de Aquél que nos pidió ser «luz del mundo» y «sal de la tierra»?⁴⁰

Hay también quienes tratan de recuperar la audiencia y el prestigio perdidos adaptando la fe a los criterios del mundo moderno, con el riesgo de configurar el mensaje evangélico desde ideologías más aceptadas hoy, y de sustituir la salvación y la esperanza cristiana por el logro de metas históricas concretas. Pero, ¿no es ésta una manera grave de «desvirtuar la sal» y «ocultar la luz» que necesita precisamente el hombre de hoy?⁴¹

No es difícil encontrar quienes viven abatidos porque piensan que la incredulidad avanzará sin remedio destruyendo la presencia de la Iglesia de Dios en nuestra sociedad. Otros se enquistan en sus propias posiciones sin revisar su forma de proceder y sin tratar de interpretar correctamente el significado y las exigencias de los nuevos tiempos. Otros se lanzan a ensayos desesperados que desnaturalizan la palabra del Evangelio, debilitan la unidad de la Iglesia y aumentan todavía más las dificultades de la evangelización. ¿No es el momento de aunar fuerzas y escuchar juntos la llamada a evangelizar, sabiendo que el Señor está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo?⁴²

³⁹ Ver nuestra Carta Pastoral *Creer en tiempos de increencia* (Cuaresma-Pascua, 1988), en “Al servicio de la Palabra”, pp. 664-714.

⁴⁰ Mt 5,13-14.

⁴¹ *Ibíd.*

⁴² Cfr. Mt 28,20.

Hora de evangelización

28. Con Juan Pablo II, os queremos decir a todos: «Ésta es la hora de Dios, la hora de la esperanza que no defrauda. Ésta es la hora de renovar la vida interior de vuestras comunidades eclesiales y de emprender una fuerte acción pastoral y evangelizadora en el conjunto de la sociedad española». ⁴³ No hemos de dejarnos llevar por el optimismo fácil, pero menos aún por el pesimismo desesperanzado. La gracia y el amor de Dios están trabajando siempre los corazones de los hombres y mujeres preparando el camino a la conversión y salvación. No es difícil ver en el hombre de hoy actitudes y aspiraciones nobles y valiosas que lo preparan para acoger la fuerza salvadora del Evangelio de Jesucristo.

Antes que nada, os invitamos a descubrir y valorar adecuadamente el interés de la cultura moderna por la defensa del hombre y de su dignidad personal como primer valor que ha de inspirar la historia y la convivencia social. Las perversiones que luego se producen históricamente no nos han de distraer de esta intención fundamental. De hecho, si la cultura actual tiende a eliminar a Dios o ignorarlo es porque rechaza todo lo que percibe como negativo para el ser humano. Esta exaltación moderna del hombre no coincide siempre con la manera cristiana de entender la dignidad y el valor de la persona como imagen de Dios, pero es precisamente este interés por el hombre y lo humano lo que hace posible el anuncio de Dios como Buena Noticia, si realmente es ofrecido y comunicado como el mejor Amigo del hombre y de su plena realización.

El hecho mismo de la secularización, entendida como legítima autonomía del mundo y las realidades temporales, puede ser considerado como una cierta «preparación evangélica», pues nos permite e induce a confesar y anunciar con más nitidez nuestra fe en el misterio de Dios, en su gratuidad absoluta y en su designio de amor sobre los hombres, sin mezclarlo con otros intereses de utilidad y funcionalidad de carácter ambiguo. La crisis actual nos llevará a creer y anunciar a Dios con más pureza y verdad.

Es gozoso también comprobar hoy el reconocimiento generalizado del valor y la dignidad de la libertad como rasgo esencial del ser humano. También ahí hemos de descubrir «semillas de la Palabra» que nos permiten presentar el Evangelio de Jesucristo como una fuerza de libertad que sana la voluntad del hombre y nos ayuda a plantearnos la propia existencia con el atractivo y la dignidad de una existencia verdaderamente libre y liberadora.

También percibimos otros «gérmenes del Reino de Dios» en la sociedad actual: los ideales de justicia, igualdad y fraternidad, la visión abierta y progresiva de la historia, el reconocimiento de la plena dignidad de la mujer, el respeto a la naturaleza o el rechazo de toda forma de guerra y violencia. Todos ellos son valores sinceramente apreciados por el hombre contemporáneo, que tienen un arraigo cristiano y pueden ser camino para redescubrir la fecundidad de la revelación cristiana y de la gracia salvadora de Dios que se nos ofrece en Cristo. Lo mismo que Juan Pablo II, también nosotros percibimos que «Dios abre a su Iglesia horizontes de una humanidad más preparada para la siembra evangélica... al afianzar en los pueblos los valores evangélicos que Jesús encarnó en su vida». ⁴⁴

⁴³ Discurso a los Obispos en la Sede de la Conferencia Episcopal Española (15-VI-1993), n. 2, en *La hora de Dios* (BAC), p. 186.

⁴⁴ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Redemptoris missio*, n. 3.

Tres objetivos urgentes

29. A la luz de estas consideraciones hemos de preguntarnos si, a pesar de todos los esfuerzos realizados, no estamos dejando pasar demasiado tiempo sin estudiar detenidamente el reto del momento presente y sin promover los cambios pastorales que exige la evangelización del hombre de hoy. En nuestras diócesis la llamada a la evangelización se concreta en estos momentos en tres objetivos urgentes: recuperar el carácter central y constituyente de la evangelización para nuestras Iglesias; entender y promover la evangelización como tarea de todos los creyentes; impulsar una pastoral evangelizadora.

- ***Carácter central y constituyente de la evangelización***

30. Después de tantos años en que no se sentía entre nosotros la necesidad de evangelizar, la crisis religiosa actual nos va a llevar a redescubrir y profundizar algo que en gran parte habíamos olvidado: la evangelización como misión esencial de la Iglesia. Es cierto que nuestras diócesis han sentido siempre con fuerza la llamada a colaborar en esa evangelización que se lleva a cabo en «países de misión». Pero no nos ha sido fácil persuadirnos que también aquí lo que constituye y define esencialmente a la Iglesia es su misión evangelizadora.

Y, sin embargo, es así. No hemos de pensar que nuestro pueblo está ya evangelizado y que nuestras Iglesias están perfectamente configuradas y constituidas viviendo y manteniendo su fe en Jesucristo, para, en un segundo momento, ser llamadas a evangelizar. No. La misión de evangelizar no les es algo añadido. Es la «identidad más profunda» de nuestras Iglesias, lo que las constituye y las hace subsistir. Sin acción evangelizadora, la Iglesia no está haciendo lo suyo. Estrictamente hablando, hay que decir que no es la Iglesia la que tiene la misión de evangelizar, sino que es esa misión la que genera y recrea permanentemente a la Iglesia. Ser Iglesia consiste en acoger permanentemente y en comunicar con ardor el Evangelio de Jesucristo en su entorno y en el mundo entero.

Esta conciencia puede resultar «novedad» hoy entre nosotros. Pero es lo primero que hemos de recuperar. Poca fuerza y consistencia tendrán las acciones pastorales y campañas que podamos poner en marcha, si no nacen del dinamismo de una Iglesia que ha descubierto que no está respondiendo a su ser más profundo si no evangeliza. No se trata, por tanto, de recuperar el prestigio o la influencia perdida, sino de recuperar la misión evangelizadora como dimensión central y esencial de la Iglesia. Ésta es la convicción que hemos de introducir en las comunidades cristianas: no podemos renunciar a hacer presente a Jesucristo y los valores del Reino de Dios en la sociedad actual sin traicionar la esencia misma de nuestras Iglesias diocesanas.

- ***La evangelización, tarea de todos los creyentes***

31. La responsabilidad de la evangelización recae sobre todos los creyentes. Es toda la comunidad de los cristianos la que existe para evangelizar. Todos hemos recibido el don del Evangelio y también la responsabilidad de transmitirlo sin que nadie pueda ser sustituido por otro en esa responsabilidad. Esto no significa que todos tengamos que realizar la misma tarea, pero sí que todos y cada uno estamos llamados desde la propia vocación y servicio a ser testigos que anuncian a Jesucristo y fermento del Reino de Dios en la sociedad. No son los sacerdotes y religiosos

los únicos esforzados que han de echar sobre sus hombros todo el peso de la nueva evangelización.

Esta conciencia de que todo el Pueblo de Dios es el portador activo de la evangelización y de que todos estamos llamados a evangelizar representaría hoy entre nosotros una novedad de gran alcance. Hemos de confesar que son muchos los cristianos, incluso practicantes convencidos, que viven su fe sin sospechar siquiera que ellos puedan tener alguna responsabilidad de comunicar algo a otros. Se adhieren a la doctrina revelada por Dios y enseñada por la Iglesia, se esfuerzan por cumplir los diversos preceptos, pero no tienen conciencia de que todo cristiano, por el mero hecho de serlo, participa de la condición de enviado de Jesucristo, apóstol, evangelizador.

Nos falta recorrer un largo camino pastoral para lograr que todos los cristianos descubran de manera práctica que evangelizar no es un deber o una consecuencia que hay que sacar de la fe sino que creer en Jesucristo es quedar constituido en su testigo para anunciar de palabra y con la vida su salvación. Sin embargo, recuperar esta conciencia de todos los cristianos es fundamental si queremos echar las bases de una nueva evangelización. Ésta es la idea-fuerza a introducir en nuestras parroquias y comunidades cristianas: hay que despertar la conciencia y el potencial evangelizador de las personas, los grupos cristianos, las familias y las instituciones.

- ***Promover una pastoral evangelizadora***

32. Por lo general, la pastoral que se promueve en nuestras diócesis está concebida y funciona más para ofrecer los servicios de culto y catequesis que necesita una sociedad sociológicamente cristiana que para impulsar una acción misionera en medio de una sociedad que se ha ido alejando de la fe. Por eso, el gran reto y la gran urgencia para nuestras Iglesias es pasar de una pastoral de mantenimiento a una pastoral netamente evangelizadora.

La pastoral de mantenimiento que venimos desarrollando da por supuesta la condición de creyentes de aquellos a los que se dirige. Es una pastoral que, al presuponer la fe, no se centra en la conversión de las personas a Jesucristo sino que se ocupa, sobre todo, de ayudar a los cristianos a practicar su religión y a vivir una conducta moral coherente con sus creencias.

La pastoral evangelizadora, por el contrario, tiene como centro principal de los diversos esfuerzos y actividades el anuncio del Evangelio y la llamada permanente a la conversión a Jesucristo. Por ello, es una pastoral que se dirige expresamente a los no creyentes y a los indiferentes, pero también a aquellos cristianos que, aun siendo practicantes, viven su fe de manera apagada o sin coherencia vital.

En esta pastoral misionera, la evangelización es el punto de referencia de toda actividad eclesial y constituye una dimensión de todas las tareas pastorales. La liturgia, la catequesis, la acción caritativa, todo queda orientado hacia la evangelización. Ni siquiera «la vida íntima –la vida de oración, la escucha de la Palabra y de las enseñanzas de los Apóstoles, la caridad fraterna vivida, el pan compartido– tiene pleno sentido más que cuando se convierte en testimonio, provoca la admiración y conversión, se hace predicación y anuncio de la Buena Nueva».⁴⁵ Más adelante hablaremos de la conversión pastoral que todo esto lleva consigo en la revitalización

⁴⁵ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 15.

de la fe de los creyentes, en su incorporación a la tarea evangelizadora, en la experimentación de nuevos cauces directamente ordenados a evangelizar. Ahora queremos apuntar una pregunta que habría de estar muy presente en nuestro trabajo pastoral: ¿esta acción, esta catequesis, este servicio, esta liturgia son realmente evangelizadoras?

III.- ¿QUÉ ES EVANGELIZAR?

33. Estamos hablando de «evangelizar», pero no siempre está claro para todos qué significa esta expresión. Entre nosotros se oye hablar de evangelización con sentidos y concepciones bastante diferentes. Es, pues, necesaria una reflexión: ¿qué es lo que queremos decir cuando hablamos de la necesidad de desarrollar en nuestras Iglesias un nuevo e intenso esfuerzo de evangelización?

El primer evangelizador

34. En su origen, «evangelizar» quiere decir literalmente «anunciar una buena noticia». Pero, más en concreto, entre los cristianos significa anunciar y hacer creíble la Buena Noticia que Jesús anunció a los hombres. Por eso, la manera más adecuada de clarificar qué es evangelizar consiste en acercarnos a la actuación de Jesús, pues toda su vida fue evangelizar. «Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y más grande evangelizador». ⁴⁶ Él sigue siendo para nosotros la norma y el criterio de toda evangelización.

• **Anuncio del Reino de Dios**

35. Lo que Jesús anuncia, ante todo, es el Reino de Dios. Esto es lo absoluto. Todo «lo demás» es dado por añadidura. El Reino de Dios es la realidad central, el origen y el horizonte último el de toda su actividad evangelizadora. Éste es el resumen de toda su actuación y predicación: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva». ⁴⁷ ¿Qué significa esto?

Como núcleo y centro de todo está el anuncio de la Salvación como el gran don de Dios al hombre. Los anhelos de vida, justicia, liberación y felicidad que se encierran en la humanidad se van a hacer realidad. Ésta es la Buena Nueva. Dios quiere intervenir en la vida del hombre como Salvador.

• **La Buena Noticia de Dios**

36. Ésta es la mejor noticia que el mundo puede escuchar, pues este Dios no es como los falsos ídolos que conducen a la injusticia, la esclavitud y la muerte. Es el Dios de la vida, un Padre que quiere la salvación y la vida eterna para todos y cada uno de los hombres porque Él los ha creado y son sus hijos.

Más concretamente, las gentes captan en el anuncio y la actuación de Jesús una imagen nueva de Dios y un nuevo acceso posible a Él. No es el antiguo Dios de la Ley. Es un Dios de bondad insondable que «es bueno con los desagradecidos y malvados». ⁴⁸ Un Dios que ofrece a los hombres su gracia, más allá de lo prescrito y exigido por la Ley.

El anuncio de este Dios lleva igualmente a Jesús a denunciar cuanto se opone a su voluntad: el pecado farisaico, el cumplimiento vacío de la Ley, la plegaria pu-

⁴⁶ *Ibíd.*, n. 7.

⁴⁷ Mc 1,15.

⁴⁸ Lc 6,35.

ramente exterior, el desprecio a los pequeños, el abuso de los poderosos, el odio y todo cuanto contradice el amor fraterno.

- ***Llamada a la conversión***

37. Esta Buena Nueva no puede dejar a los hombres indiferentes. Exige conversión, un giro total en la manera de entender y orientar la vida. El hombre ha de acoger a este Dios de la gracia, creer en su promesa de salvación y escuchar sus exigencias. De la acogida o del rechazo de este Dios depende la salvación o la perdición eterna del hombre. La acogida de Dios exige, sobre todo, vivir el mandamiento del amor a Dios como Padre y el amor al prójimo como hermano.

- ***Con palabras y hechos***

38. Jesús anuncia la Buena Noticia de Dios con sus palabras y sus obras. Habla del Dios del perdón y de la misericordia en parábolas, pero, al mismo tiempo, con su acogida incondicional a los pecadores y su servicio sanador y humanizador a todos los necesitados, él mismo se convierte en «parábola viviente» de ese Dios.

Si Jesús puede presentar y comunicar el misterio de Dios como Buena Nueva creíble para los hombres es porque las gentes pueden escuchar en «las palabras llenas de gracia que salen de su boca»⁴⁹ el anuncio nuevo de un Dios gratuito y salvador, y porque pueden ver aparecer en sus obras «la benignidad de Dios y su amor a los hombres».⁵⁰

- ***Una vida que evangeliza***

39. Con su palabra y actuación, Jesús, no sólo anuncia el Evangelio de Dios, sino que él mismo viene a ser «Evangelio», pues en él y a través de él se va haciendo presente entre los hombres la salvación de Dios. Es la vida misma de Jesús la que evangeliza. Es su vida la que irradia gracia y la que contiene fuerza para ofrecer y comunicar a Dios como Buena Noticia.

¿Dónde reside esta fuerza? Los evangelistas destacan algunos rasgos: su experiencia radical de un Dios Padre de todos los hombres; su trayectoria de servicio incondicional a todo hombre necesitado; su acogida y ofrecimiento de perdón gratuito a los pecadores; su libertad para buscar siempre el bien; su misericordia no condicionada por ningún otro interés que la salvación del hombre; su voluntad de poner verdad en la vida humana; su capacidad de contagiar esperanza; su fidelidad al Reino de Dios hasta el olvido de sí mismo y su entrega a la muerte.

- ***Los pobres son evangelizados***

40. Toda la vida de Jesús puede ser captada como Buena Nueva de Dios, pero hay en su actuación un rasgo que encierra un contenido especialmente significativo: Jesús ofrece la Buena Nueva de Dios de manera preferente a «los pobres». Son ellos los primeros que han de experimentar su verdad. No son mejores que los demás, no tienen más méritos. Son, sencillamente, los que más sufren la ausencia del Reino de Dios: los pecadores despreciados por la sociedad; los empobrecidos por las injusti-

⁴⁹ Lc 4,22.

⁵⁰ Tt 3,4.

cias y el egoísmo de los poderosos; los desposeídos de salud y maltratados por la vida. Dios sólo puede ser anunciado como Padre de todos y su justicia ser introducida entre los hombres, haciendo justicia a los que nadie hace. Cuando se anuncia al verdadero Dios, «los pobres son evangelizados».⁵¹

- **Reunir a los dispersos**

41. La acción evangelizadora de Jesús aparece inspirada y sostenida por la voluntad de ir congregando a los hijos del mismo Padre. Su acercamiento a los excluidos, sus comidas con pecadores, su acogida a los impuros, la formación del grupo de discípulos son gestos orientados a reunir a los dispersos, reconciliar a los divididos y congregar a todos en un solo pueblo de hermanos, «el nuevo Israel», signo del Reino de Dios en la tierra.

- **Jesús, constituido Evangelio de Dios**

42. Jesús, portador del Evangelio de Dios, muerto por esta razón con la muerte de un crucificado, al ser resucitado por el Padre a la vida misma de Dios, ha venido a ser la Buena Nueva definitiva para la humanidad. Ha quedado así constituido para siempre en Salvador, Evangelio de Dios para los hombres. Por eso se puede decir que «evangelizar quiere decir proclamar la Buena Nueva de salvación, anunciar a Jesucristo, que es el Evangelio de Dios».⁵²

El proceso evangelizador

43. Si queremos seguir con fidelidad el camino evangelizador de Jesús, hemos de evitar la comprensión parcial o fragmentaria de la evangelización. «Ninguna definición parcial y fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización si no es con el riesgo de empobrecerla e incluso mutilarla».⁵³ Por ello, teniendo como referencia a Jesús y al hilo de la *Evangelii nuntiandi*, vamos a recordar los elementos esenciales del proceso evangelizador.

- **Anuncio explícito**

44. Ante todo, hemos de recordar que no hay evangelización plena si no hay anuncio explícito del Reino de Dios. La evangelización no es muda. No puede reducirse a presencia testimonial silenciosa o compromiso transformador callado. «La evangelización debe contener siempre –como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo– una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios».⁵⁴

Hemos de recuperar para la evangelización este anuncio explícito de la salvación en toda su riqueza y la fe en la fuerza salvadora de la Palabra de Dios, anunciada como don liberador hecho a los hombres. Sin este anuncio, nuestra evangeliza-

⁵¹ Mt 11,5; Lc 4,18.

⁵² Juan Pablo II, Carta a la XV Asamblea General de los religiosos de Brasil (11-VII-1989), p. 3.

⁵³ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 17.

⁵⁴ *Ibíd.*, n. 27.

ción queda inacabada y priva a los hombres de la gracia de la Palabra de Cristo. En una sociedad como la nuestra, tienen plena vigencia las palabras de S. Pablo: «¿Cómo creerán en aquél a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique?... La fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo».⁵⁵

- **Testimonio vivido**

45. Inmediatamente hemos de decir que el anuncio evangelizador ha de brotar del testimonio que es «un elemento esencial, en general el primero absolutamente en la evangelización».⁵⁶ Una evangelización reducida a palabras vacías difícilmente puede anunciar la Buena Nueva del Dios vivo. Al contrario, el testimonio de una vida de seguimiento fiel a Jesucristo en sus rasgos esenciales «constituye ya por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva».⁵⁷

Para quienes viven alejados de la fe es especialmente necesario el testimonio de unos creyentes que la viven de manera gozosa y responsable. Los gestos más asequibles para ellos no son los sacramentos, el lenguaje más inteligible no es el religioso. Lo primero que pueden captar son los gestos y el lenguaje de una vida humana digna, liberada, comprometida, esperanzada. De ahí el valor evangelizador que encierra: una vida fiel a Jesucristo en medio de la persecución y el rechazo social; la entrega abnegada y gratuita al servicio de los últimos; el seguimiento radical a Cristo plasmado en la vida de los religiosos y religiosas; la consagración a la vida contemplativa; el celibato al servicio del Reino de Dios en medio de una sociedad hedonista.

- **Compromiso transformador**

46. No hemos de ignorar tampoco otro elemento esencial. «Evangelizar significa, para la Iglesia, llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad».⁵⁸ El compromiso por transformar la sociedad promoviendo en ella el Reino de Dios no es mera exigencia ética de la evangelización o mera preparación para que a través de ella se acepte el anuncio de la salvación. Pertenece al mismo ser de la evangelización acoger y realizar bajo las condiciones de la historia lo que se anuncia y se espera en la consumación final: el Reino de Dios, reino de amor, justicia y fraternidad.

En nuestra sociedad no se puede llevar a cabo una verdadera evangelización sin promover la justicia del Reino de Dios. Lo que oculta el rostro de Dios entre nosotros no es sólo la indiferencia religiosa, sino también la injusticia en sus diversas formas de marginación, violencia y atentados a la dignidad de la persona. Difícilmente se puede proclamar de manera creíble la Buena Nueva de Dios para la vida eterna sin que, de alguna manera, se pueda captar ya su contenido salvador en las condiciones limitadas y precarias de esta vida. Allí donde los pobres no son evangelizados, faltan señales de la presencia del Reino.

⁵⁵ Rm 10,14. 17.

⁵⁶ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 21.

⁵⁷ *Ibíd.*

⁵⁸ *Ibíd.*, n. 18.

- **Conversión al Dios vivo**

47. La evangelización no desarrolla toda su fuerza más que cuando la Buena Nueva de Dios hace nacer, en quien la recibe, una adhesión de corazón. Éste es el objetivo central y primario de la evangelización: la conversión al Dios revelado en Jesucristo y la acogida del Evangelio como forma de vida. «En una palabra, adhesión al reino, es decir, al “mundo nuevo”, al nuevo estado de cosas, a la nueva manera de ser, de vivir juntos, que inaugura el Evangelio».⁵⁹

No hemos de silenciar esta primacía de la conversión personal a Dios. El objetivo primero no es desarrollar la eficacia temporal del Evangelio, menos aún extender la influencia social del cristianismo, sino hacer nacer la fe. Ahora bien, no hay propiamente fe sin esa experiencia inicial que llamamos «conversión a Dios». Conversión religiosa y no sólo moral; encuentro con el Dios vivo y no sólo cambio de conducta; sentido nuevo a la vida desde Jesucristo y no sólo arrepentimiento.

- **Entrada en la comunidad**

48. La adhesión a la Buena Nueva «no puede quedarse en algo abstracto y desencarnado, se revela concretamente por medio de una entrada visible en una comunidad de fieles».⁶⁰ Acoger el Evangelio no es aceptar cada uno individualmente el mensaje de Jesucristo, ni buscar cada uno aisladamente el Reino de Dios y su justicia, sino agregarse a la comunidad de convertidos convocada por Jesús y establecida por su resurrección: la Iglesia.

No hemos de olvidar, pues, que la evangelización busca establecer la comunidad fraterna de convertidos al Evangelio. No se trata de imponer la pertenencia eclesial como una obligación, sino de ofrecer la comunidad cristiana como un don, pues «aquellos cuya vida se ha transformando entran en una comunidad que es en sí misma signo de transformación, signo de la novedad de vida: la Iglesia, sacramento visible de la salvación».⁶¹

La entrada en la comunidad eclesial se expresa a través de «muchos otros signos que prolongan y despliegan el signo de la Iglesia».⁶² En esta comunidad, «signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano»,⁶³ el sentido de pertenencia y las relaciones mutuas se van consolidando por medio de los sacramentos que no sólo suponen la fe, sino que, a la vez, la alimentan, la robustecen y la expresan.

Evitar malentendidos

49. Tal vez ahora estamos en mejores condiciones para aclarar malentendidos y formas equivocadas de concebir la evangelización.

⁵⁹ *Ibíd.*, n. 23.

⁶⁰ *Ibíd.*

⁶¹ *Ibíd.*

⁶² *Ibíd.*

⁶³ *Lumen gentium*, n. 1.

- ***La rutina pastoral***

Ante todo, hemos de superar una manera excesivamente cómoda de entender la evangelización, que consiste en continuar haciendo más o menos lo mismo, cambiando sólo las palabras, como si todo lo que ya estamos haciendo fuera en realidad una verdadera pastoral de evangelización.

Sin embargo, utilizar una terminología nueva y atractiva sin contrastar nuestra actuación con la acción evangelizadora de Jesús sería rehuir hoy la llamada que el Señor nos hace. No toda pastoral es verdadera evangelización. Si queremos responder a las exigencias de ésta, hemos de entenderla en toda su verdad originaria, aceptando con realismo lo que tiene de nuevo y exigente para nuestros tiempos.

- ***El retorno al pasado***

50. Hay que descartar también aquellas interpretaciones de la evangelización que la confundan con las formas históricas con que se realizó en el pasado. Querer que el Reino de Dios se extienda en nuestra sociedad y que la fe se difunda también hoy en las nuevas generaciones no significa en modo alguno querer recuperar para la Iglesia espacios y zonas de influencia socio-política perdidos para desempeñar de nuevo un papel que no le corresponde. El Reino de Dios que anuncia Jesús no se establece por imposición o prestigio social, sino por la fuerza del Espíritu que envía a Jesús a ofrecer la salvación de Dios en una actitud de servicio.

La llamada a la evangelización, entendida como el deseo de una vuelta al esplendor social y al poder político de la Iglesia, alegra a algunos que entienden así la mejor garantía del orden social, y asusta a otros que temen se pierda el patrimonio del Vaticano II en la purificación religiosa de la Iglesia y en el justo reconocimiento de la autonomía de la cultura y de las instituciones seculares.

A unos y a otros queremos decirles, de manera clara y rotunda, que nuestra llamada a desarrollar una pastoral de evangelización se inscribe en la mejor tradición de la Iglesia, de la cual forma parte irrevocablemente el Concilio Vaticano II y sus grandes documentos doctrinales y pastorales. La evangelización que queremos promover en nuestras Iglesias diocesanas ha de inspirarse en aquel que «no vino a ser servido sino a servir»⁶⁴ y ha de desarrollarse, según el espíritu conciliar, como servicio al mundo y «a las dificultades y problemas que más oprimen y angustian a los hombres».⁶⁵

- ***Un proyecto puramente temporal***

51. Es tentador para algunos reducir la acción evangelizadora a las dimensiones de un proyecto puramente temporal: «reducir sus objetivos a una perspectiva antropocéntrica; la salvación, de la cual ella es mensajera y sacramento, a un bienestar material; su actividad –olvidando toda preocupación espiritual y religiosa– a iniciativas de orden político o social».⁶⁶

⁶⁴ Mc 10,45.

⁶⁵ *Christus Dominus*, n. 13.

⁶⁶ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 32.

Sin embargo, una evangelización preferentemente orientada a dimensiones políticas, sociales o culturales, que deje en segundo plano el misterio del hombre en toda su profundidad ni le ayude a abrirse al Absoluto que es Dios, estaría privada de su originalidad más profunda y de su finalidad más específica.

La actuación de Jesús no es realización de un proyecto temporal, no es siquiera denuncia social o acción filantrópica. Sus palabras y sus gestos evangelizadores nacen de su experiencia radical de Dios como Amor incondicional al hombre y tienen como objetivo conducir a los hombres al Padre haciendo realidad, ya desde ahora, su voluntad de fraternidad y justicia.

- ***Anuncio sólo doctrinal***

52. Hemos de superar también una concepción excesivamente doctrinal de la evangelización como si evangelizar fuera exclusivamente transmitir la doctrina de Jesucristo a aquellos que todavía no la conocen o la conocen de manera insuficiente. Sin duda, evangelizar significa hablar, predicar, anunciar verbalmente un mensaje. Pero el Evangelio no es sólo ni, sobre todo, una doctrina. Es la persona misma de Jesucristo, la salvación de Dios que en él se nos ofrece, la fuerza salvadora, sanadora y transformadora que de él nos llega.

Por eso, evangelizar es hacer presente en la vida de los hombres, en la sociedad, en la historia humana, el anuncio de Jesucristo y la fuerza salvadora que se encierra en Él y en su Evangelio. De ahí la necesidad de cuidar los gestos sacramentales donde se nos ofrece de manera eficaz la gracia de Dios. Pero de ahí también la necesidad de realizar signos eficaces de su amor incondicional al hombre. Donde se defiende el valor absoluto de la persona por encima de todo interés político o económico, donde se busca la reintegración de los excluidos a una convivencia más justa y solidaria, donde se trabaja en favor de los más débiles y olvidados, ahí está llegando el Reino de Dios.⁶⁷

⁶⁷ Cfr. Lc 11,20.

IV.- LÍNEAS DE FUERZA PARA EVANGELIZAR HOY

53. Antes de poner en marcha una nueva pastoral de carácter evangelizador, hemos de hacer todos un esfuerzo por ir precisando las líneas de fuerza que orienten hoy la acción evangelizadora de nuestras Iglesias diocesanas, y que impregnen sus planes y programas. Os ofrecemos aquí nuestra reflexión.

La salvación cristiana como Buena Noticia

Vivimos tiempos de crisis y desencanto. La sociedad moderna se ha quedado sin un horizonte claro que permita una verdadera esperanza. Ha disminuido, hasta casi desaparecer, la expectativa misma de que pueda oírse realmente una buena noticia para la humanidad. Se nos invita, más bien, a aceptar lo inevitable del realismo y ser pragmáticos. Nada de utopías ni de buenas noticias.

Una pregunta nace dentro de nosotros: ¿Se puede despertar en el mundo actual la expectativa de que puede haber «algo realmente nuevo y bueno» en lo que anuncia y realiza la Iglesia de Jesucristo? Para bastantes hombres y mujeres alejados de la fe, el cristianismo no tiene ninguna novedad; por otra parte, quizás no guardan buen recuerdo de su propia experiencia dentro de la Iglesia. Al mismo tiempo, comprobamos con frecuencia que nuestra acción pastoral no logra llevar a las nuevas generaciones el Evangelio de Jesucristo como una noticia que pueda ser experimentada como buena. ¿Hemos perdido los creyentes capacidad para presentar la salvación cristiana a los hombres de hoy como una Buena Nueva? No es ésta una pregunta más. La consideramos básica para imprimir una dirección adecuada a nuestra acción evangelizadora.

• **Comunicar la Buena Noticia de Dios**

54. En su sentido más hondo, buena nueva es algo que, en medio de experiencias malas y a pesar, tal vez, de incertidumbres y desconfianzas, trae a la vida del hombre una esperanza nueva. Toca lo más hondo de su ser; aporta luz, sentido y horizonte nuevo a su existencia; genera dignidad y libertad; despierta voluntad de comunión y fraternidad. La buena nueva produce gozo y agradecimiento, aunque exija renuncia, sacrificio y conversión.

Ante todo, hemos de tomar conciencia de que evangelizar no es sólo anunciar una verdad, ofrecer una doctrina, sino comunicar algo que pueda ser recibido como buena nueva. «Evangelizar significa anunciar la Buena Noticia. Y la Buena Noticia que el cristiano comunica al mundo es que Dios, el único Señor, es misericordioso con todas sus criaturas, ama al hombre con un amor sin límites y ha querido intervenir personalmente en su historia por medio de su Hijo Jesucristo, muerto y resucitado por nosotros, para librarnos del pecado y de todas sus consecuencias y para hacemos partícipes de su vida divina».⁶⁸

Pero no es lo mismo anunciar una doctrina cuyo contenido es algo bueno para el hombre que hacer que ese anuncio pueda ser recibido y experimentado como Buena Noticia por el hombre de hoy. Si es Buena Noticia se tiene que hacer notar como *nueva* y como *buena*. Estamos aquí ante la pregunta, tal vez, más crucial:

⁶⁸ Juan Pablo II, Discurso del V Centenario de la Evangelización (Veracruz, mayo 1990).

¿Cómo puede el misterio de Dios llegar a ser Buena Noticia en nuestra sociedad, algo realmente bueno para los hombres y mujeres de hoy? Es necesario, sin duda, preguntarnos cómo ha de ser la *nueva* evangelización. Pero, para ello, ¿no hemos de preguntarnos antes cómo va a ser en verdad *evangelización*, noticia nueva y buena?

- ***Anunciar a Dios como Amigo del hombre***

55. Lo primero es anunciar a Dios como Amigo y Salvador del hombre. No es difícil comprobar que Dios está hoy en el fondo de muchas conciencias como un ser amenazador y exigente, que quita libertad y cierra el paso hacia la verdadera felicidad.

Para estos hombres y mujeres, Dios sólo será Buena Noticia si pueden captar en nuestro anuncio lo que la gente captaba en la predicación de Jesús: que Dios está siempre del lado del hombre frente a todo mal que lo oprime y esclaviza; que sólo interviene en nuestra vida para salvar, liberar, potenciar y elevar la vida; que sólo busca y exige lo que es bueno para el ser humano.

Evangelizar hoy a estas personas es ayudarles a descubrir que Dios no es un tirano que busca la anulación del hombre, sino el Amigo que le ofrece la verdadera salvación; que la renuncia al pecado, exigida por la acogida de la gracia de Cristo, no es destrucción de la libertad humana sino su verdadera afirmación; que las exigencias dolorosas que implica la conversión a Dios, y la cruz que se deriva del seguimiento fiel a Cristo no son mutilación del ser humano, sino camino de vida más plena y liberada; que el mensaje moral de la Iglesia, rechazado y menospreciado hoy por amplios sectores sociales, no es condena del hombre y de lo humano, sino la defensa más firme de su verdadera dignidad, de su vocación y su destino.

- ***Mostrar con hechos su Bondad***

56. Y no basta con anunciar esta Buena Noticia. En lo posible, es necesario verla hecha realidad. Repetir una verdad, por muy verdad que sea, no genera necesariamente su aceptación. Si no hay «hechos buenos» que de alguna manera muestran la verdad de la Buena Noticia de Dios, ese anuncio pierde credibilidad, sobre todo, ante quienes, cansados de oírlo, buscan una mínima verificación de que Dios puede ser así.

Es necesario que se pueda ver en quienes creen y anuncian a ese Dios Amigo del hombre, que su acogida genera algo bueno para el ser humano: esperanza, vida liberada, servicio a los necesitados, trabajo incansable por el bien de todo hombre. El anuncio de Jesús resultaba creíble porque las gentes podían ver en él a un hombre que «pasó la vida haciendo el bien».⁶⁹ No olvidemos que acudían a él «al oír lo que hacía».⁷⁰

- ***La experiencia del evangelizador***

57. Todo esto presupone que los que evangelizan están convencidos de que la Buena Noticia de Dios lo es, pues ellos mismos la han experimentado así. Por eso,

⁶⁹ Hch 10,38.

⁷⁰ Mc 3,8.

«evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma... La Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio».⁷¹

Por muchos cambios que introduzcamos en el trabajo y la organización pastoral, nuestras Iglesias no tendrán más fuerza evangelizadora si no experimentan ellas mismas el perdón de Dios en lo que tienen de pecadoras, la esperanza en lo que tienen de cansadas o «establecidas», el poder del Evangelio en lo que tienen de debilidad y cobardía. Si la pastoral evangelizadora de nuestras comunidades no nace del agradecimiento y gozo de quienes han experimentado la fuerza salvadora del Evangelio, siempre será una carga pesada que se hace por pura obligatoriedad pero que ha perdido su motivación e inspiración más profundas.

Anuncio con fuerza evangelizadora

58. Creemos detectar en no pocos sacerdotes, religiosos y seculares una especie de conformismo no confesado, como si el hombre de hoy y, sobre todo, las nuevas generaciones estuvieran perdidas irremisiblemente para el Evangelio y la vida cristiana. Han perdido la fe en la fuerza que pueda tener en estos tiempos el anuncio del mensaje cristiano. Piensan que las palabras de la Iglesia están demasiado gastadas y sin revitalización posible. ¿Cómo anunciar hoy como algo nuevo lo que la sociedad cree viejo y sabido?

Nuestra convicción es muy otra. El hombre de hoy está necesitado del anuncio claro y explícito de Jesucristo. Tal vez más que nunca. Al «silencio de Dios» en la sociedad moderna no podemos responder con el silencio los que creemos en él. ¿Cómo creerán las nuevas generaciones en Aquél de quien no oyen hablar? ¿En qué creerán si nadie les predica?⁷² Lo que se nos pide es «una nueva calidad de evangelización que sepa proponer de modo convincente al hombre de hoy el mensaje perenne de la salvación».⁷³

• *Dirigido a despertar la fe*

59. El anuncio cristiano ha de estar orientado hoy de manera preferente a despertar la fe de los que no creen o a reavivarla en aquellos para quienes ya no es principio configurador de su vida y de su compromiso real y cotidiano. Son tiempos en los que no hemos de dar por supuesta la fe, al menos como una adhesión viva y operante a Jesucristo. Por eso, no es el momento de dedicarse a explicaciones secundarias. No tiene tampoco mucho sentido exigir compromisos o cambios de comportamiento cuando faltan precisamente la conversión a Dios y la opción inicial por el Evangelio. Sería pedir frutos sin renovar las raíces.

El anuncio ha de converger de diversas maneras a que afloren a la conciencia las cuestiones y aspiraciones más hondas del ser humano, acalladas muchas veces por la cultura de la utilidad, la explicación racional o el consumismo. También hoy es posible despertar esa sed de trascendencia que ni siquiera la vida más intrascendente puede apagar del todo, y suscitar una relación personal con el Dios vivo. No

⁷¹ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 15.

⁷² Cfr. Rm 10,14.

⁷³ Juan Pablo II, Carta a los Presidentes de las Conferencias Episcopales de Europa (2-I-1986), n. 6.

hemos de olvidar que la capacidad religiosa es una dimensión radical de la existencia humana; a pesar de una larga y profunda indiferencia, una palabra auténtica, dicha por un testigo de la fe, puede tener eco en su momento.

- ***Centrado en lo fundamental***

60. Aunque la presentación del mensaje y de la vida cristiana ha de tener siempre en cuenta la situación concreta de las personas y los obstáculos que, en cada caso, pueden dificultar la acogida del Evangelio, el anuncio se ha de centrar en el núcleo de la fe cristiana: Dios Creador y Padre, origen y destino último de la humanidad; Jesucristo, Hijo encarnado de Dios, muerto y resucitado por nuestra salvación; la Iglesia, cuerpo visible de Cristo, animada por la acción del Espíritu Santo; los sacramentos, signos visibles donde se ofrece la gracia salvadora de Cristo; el Padre nuestro, oración del cristiano; las Bienaventuranzas y la moral fundamental del Reino.

La insistencia en el desarrollo de las consecuencias individuales, familiares o sociales de la fe, carecerá de eficacia si previamente no son propuestas y acogidas las verdades sencillas pero básicas que constituyen lo sustancial del mensaje cristiano. Muchos necesitan escuchar hoy esa predicación primera, fundante, absolutamente necesaria para suscitar la fe.

- ***Atención al que busca***

61. Hay entre nosotros personas que no saben si creen o no creen. Palabras como «religión», «misa», «pecado», «mandamientos» les evocan un mundo que se pierde en el pasado y apenas tiene algo que ver con su vida real de hoy.

Y, sin embargo, muchas de estas personas siguen de alguna manera buscando a Dios. A veces, en lo íntimo de su corazón sospechan que Dios es más grande, más bueno y más amigo que lo que ellas han imaginado. Pero, ¿cómo encontrarse con Él? ¿Qué hacer cuando son sus dudas que le impiden honradamente sentirse creyente?

Estos creyentes vacilantes o increyentes necesitados de nueva fe renovada están pidiendo un anuncio nuevo del Evangelio. Alguien les tiene que explicar que no es necesario resolver todos los interrogantes, y dudas para vivir en verdad ante Dios. Alguien les tiene que enseñar a buscar y confiar sinceramente en Él aunque no sean capaces de formular con certeza determinados aspectos del mensaje cristiano. Necesitan escuchar esta Buena Nueva: Dios entiende el corazón de quien duda y está cerca de quien lo busca con verdad.

- ***Actitud dialogante***

62. Cualquier anuncio del Evangelio pierde su fuerza salvadora si pretende utilizar la presión o la coacción para imponerse. Una propuesta autoritaria del Evangelio como amenaza y condena más que como oferta de salvación, no ayudará al hombre actual a abrirse al Dios de Jesucristo.

El anuncio cristiano ha de brotar de una actitud amistosa y dialogante que sólo es posible cuando los creyentes sabemos compartir los problemas e interrogantes del hombre de hoy sin colocarnos secretamente al margen o por encima de los que no creen. El increyente o el que vive acosado de dudas o interrogantes no podrá

hoy escuchar un mensaje de salvación si percibe en nosotros arrogancia, secreta superioridad e incapacidad para compartir y comprender su punto de partida, sus preguntas, sus críticas y su búsqueda.⁷⁴

- ***El anuncio cristiano de la moral***

63. La conversión cristiana no es una adhesión religiosa sin contenido moral. El encuentro con Dios Padre conduce al servicio a los hombres como hermanos; la conversión al Reino de Dios se traduce en compromiso por una sociedad basada en la justicia, la verdad, la solidaridad; la acogida de Dios se plasma en una vida coherente con los valores evangélicos en la familia, en la actividad profesional, en las relaciones sociales, en el ámbito de la economía y la política.

Al mismo tiempo, cuando la adhesión a Cristo crece, se hace más vivo también el rechazo de todo aquello que se opone al mensaje evangélico, y se hace más necesaria la denuncia fraterna y evangélica del pecado personal, social y estructural que atenta contra la dignidad de la persona desde presupuestos y actitudes de injusticia y desamor. También esa denuncia forma parte del anuncio de la Buena Noticia.

Sin embargo, el anuncio de la moral cristiana es objeto hoy de fuertes rechazos y críticas severas. Lo fácil sería decir que el Evangelio, hoy como ayer, siempre será escándalo y necedad para un mundo egoísta y hedonista, marcado por el pecado. Sin duda, esto es así. Pero, al mismo tiempo, hemos de preguntarnos por qué nuestra presentación de la moral no logra convertirse en fuerza atrayente para el proyecto y la existencia del hombre de hoy.

Hemos de tomar conciencia de que la resistencia moderna a la moral cristiana es más radical y profunda que el rechazo de alguno de sus contenidos concretos. La moral cristiana tiene a Cristo como centro y punto de referencia y sólo puede ser entendida y acogida desde la adhesión creyente y la conversión a Él. Por eso, si no hay aceptación de Cristo como «camino, verdad y vida»⁷⁵ ni interiorización de su Espíritu, difícilmente puede haber seguimiento de la moral cristiana.

Tenemos, por ello, ante nosotros una tarea inédita: la de reconstruir de nuevo el sujeto moral cristiano. Y este sujeto cristiano sólo puede nacer de la acogida libre y gozosa del anuncio de Jesucristo, más que la insistencia en las normas morales. Éstas, separadas del horizonte cristiano que les da fundamentación y sentido; le han de resultar incomprensibles e inaceptables.

Al mismo tiempo, es necesario que en ese anuncio de Jesucristo, Dios aparezca con claridad como garantía de plena humanidad, fuente de sentido y sanación de la libertad humana. Sólo entonces es posible presentar «la forma de vida evangélica» como ideal que no es ajeno ni contrario al proyecto humano, sino su explicitación y realización más cumplida. El hombre de hoy no acepta, sin más, unas obligaciones sólo porque se le diga que son «voluntad de Dios» o «mandamiento divino»; necesita, además, descubrir que son humanas y humanizadoras, que sólo buscan expresar lo que en el hombre hay de recto, de honesto, de verdadero y bueno, y que le ayudan a no dimitir en nada de su auténtico proyecto humano.

⁷⁴ Ver nuestra Carta Pastoral *Creer en tiempos de increencia* (Cuaresma-Pascua, 1988), nn. 72-73, en “Al servicio de la Palabra”, pp. 709-710.

⁷⁵ Jn 14,6.

A la hora de realizar la propuesta moral al hombre de hoy, nos parece de suma importancia evitar ambigüedades, lecturas reduccionistas que desfiguran la verdad total del mensaje, e interpretaciones de carácter subjetivo hechas al margen de la comunión doctrinal con la Iglesia.⁷⁶

Testigos de Jesucristo en una sociedad indiferente

64. La fe cristiana es un hecho vital antes que doctrinal, pues brota de la experiencia de habernos encontrado con el Dios de la vida, revelado y encarnado en Jesucristo, y con su gracia salvadora. Por eso, el anuncio de Jesucristo no se realiza tanto por la transmisión de una doctrina cuanto por la comunicación de una vida. Sin embargo, hemos descuidado a veces el testimonio de nuestra propia experiencia de fe y de nuestra vida, convertida y transformada por el Evangelio recibido. Sería una profunda novedad, introducir la narración de la propia fe y el testimonio de la propia vida en nuestra pastoral evangelizadora.

Para ser evangelizada, una sociedad como la nuestra necesita, sobre todo, de testigos de una fe viva. Para muchos, la única oportunidad de entrar en contacto con «lo cristiano» es encontrarse con creyentes en cuya vida pueden ver la fuerza de salvar y humanizar que tiene el Evangelio. Sin ese testimonio, el Dios de Jesucristo permanecerá inaccesible para ellos. Todavía no hemos experimentado de manera generalizada la eficacia evangelizadora que puede tener hoy, entre nosotros, el contacto personal, la narración de la propia fe y el contagio de una vida evangélica de calidad.

- ***No cualquier testimonio***

65. Pero no cualquier forma de vivir la fe evangeliza en la sociedad moderna. No todo testimonia en favor del Dios de Jesucristo ni todo de la misma manera. No basta afirmar la pertenencia fiel a la Iglesia ni presentarse públicamente como católico practicante.

Dos rasgos nos parecen hoy indispensables en el testimonio cristiano: por una parte, en una sociedad donde múltiples dioses se disputan el corazón de los hombres (poder, dinero, sexo, consumo, prestigio, bienestar...), nuestra vida sencilla, solidaria y fraterna tiene que testificar que aunque en el mundo hay muchos dioses y muchos señores, para nosotros no hay más que un Dios, el Padre de quien proceden todas las cosas, y un solo Señor Jesucristo.⁷⁷ Por una parte, tendremos que mostrar con nuestro comportamiento práctico que no se puede tomar a ese Dios en serio sin tomar en serio al hombre. Que no se puede acoger el Reino de ese Padre sin comprometerse a construir una sociedad más fraterna y justa.

- ***El testimonio de cada creyente***

66. No se puede creer a escondidas y como de incógnito. «Es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al Reino, sin convertirse en alguien que, a su vez, da testimonio y anuncia».⁷⁸ Nos parece decisivo para el im-

⁷⁶ Ver, sobre todo, la Exhortación apostólica de Juan Pablo II, *Veritatis splendor*.

⁷⁷ Cfr. 1 Co 8,5-6.

⁷⁸ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 24.

pulso de la evangelización que recuperemos la conciencia de que ser cristiano es ser testigo, evangelizador, comunicador de la fe. Nos lo recordaba el Vaticano II: «La obligación principal de los seglares, hombres y mujeres, es testimonio de Cristo, que deben dar con la vida y con la palabra en la familia, en su grupo social y en el ámbito de su profesión».⁷⁹

Nosotros mismos, hace unos años, os animábamos a vivir una «fe confesante» con estas palabras: «Muchos de nosotros convivimos o tenemos contacto con familiares y amigos que se han ido distanciando de la fe. ¿Por qué les hemos de ocultar tanto nuestra experiencia creyente, nuestras convicciones y las motivaciones que animan nuestra fe? ¿Por qué los padres cristianos han de renunciar tan fácilmente a expresar y testimoniar su fe ante sus hijos? ¿Por qué los educadores profesores cristianos han de ocultar su identidad mientras otros alardean de su ateísmo? ¿Por qué hemos de silenciar los creyentes nuestra visión cristiana de la vida cuando otros manifiestan públicamente su actitud increyente?».⁸⁰

• ***El testimonio de la comunidad***

67. Pero no basta el testimonio de cada creyente. Ese testimonio individual de algunos puede quedar borrado o neutralizado por la vulgaridad y mediocridad de las comunidades cristianas. No hemos de olvidar que nosotros hablamos con frecuencia de un cristianismo ideal, pero la gente lo que ve es el cristianismo real de las parroquias y comunidades que tiene ante sus ojos.

Sin comunidades que irradian vida evangélica, nuestras diócesis se quedan, en buena parte, sin fuerza evangelizadora. Nuestro futuro cristiano se está jugando, sobre todo, en la revitalización de las parroquias y comunidades. Con ser importante, lo más decisivo no es la renovación del trabajo pastoral en sí mismo, sino su conversión y transformación evangélica.

Estas comunidades serán hoy evangelizadoras si realmente son factor de convivencia y vida más humana. Si son lugares donde se promueve la solidaridad, la búsqueda de paz, la sana austeridad, la ayuda al necesitado, el diálogo, el perdón, la oración, la esperanza de vida eterna y tantos valores y actitudes que parecen olvidarse en la sociedad actual.

Queremos recordar el valor particular que puede tener hoy el testimonio de comunidades religiosas donde se viva el seguimiento radical a Cristo y el servicio al Reino de Dios con transparencia, desde una vida sencilla y fraterna, de servicio abnegado y gratuito a los más indefensos y olvidados, iluminada por la esperanza cristiana. El seguimiento a Cristo, vivido de manera tan radical, puede ser un interrogante para el hombre nihilista de nuestros días.

El compromiso transformador de los cristianos

68. La Iglesia no es sólo una comunidad que anuncia la salvación de Dios, sino un pueblo que continúa la acción salvadora de Jesús; su misión no es sólo confesar a Cristo sino proseguir su historia. Por eso, también hoy hemos de recordar que

⁷⁹ *Ad gentes*, n. 21.

⁸⁰ Ver nuestra Carta Pastoral *Creer en tiempos de increencia* (Cuaresma-Pascua, 1988), n. 65, en “Al servicio de la Palabra”, p. 705.

evangelizar es algo más que decir un mensaje: es hacer que el amor de ese Dios salvador pueda ser percibido en signos y obras reales. Difícilmente los hombres de hoy creerán en el amor gratuito de Dios, si no se sienten amados por quienes dicen creer en Él.

- ***El servicio al hombre***

69. La progresiva secularización de la vida, la extensión de un pensamiento intrascendente, el pluralismo de cosmovisiones hacen difícil establecer un lenguaje sobre Dios comprensible para el hombre de nuestros días. Pero existe un terreno común de entendimiento donde es posible el diálogo y también el anuncio de Dios. Es sencillamente el mismo hombre, con sus preguntas, sus aspiraciones y necesidades, y esa gran tarea que es la realización progresiva de la humanidad. A pesar de tantas injusticias y estructuras de pecado operantes en nuestra sociedad, el hombre sigue siendo el centro de interés de no pocos anhelos y proyectos actuales, y el hombre es la razón de ser de la encarnación del Hijo de Dios hecho hombre «por nosotros los hombres y por nuestra salvación».

Para que el nombre de Dios pueda ser anunciado explícitamente hoy sin producir rechazo o sin caer en el vacío o la insignificancia, ese anuncio ha de ser pronunciado desde el compromiso real por el hombre. Por eso, como ha dicho Juan Pablo II, «la Iglesia no puede permanecer insensible a todo lo que sirva al verdadero bien del hombre, como tampoco puede permanecer indiferente a lo que le amenaza».⁸¹ Imposible anunciar a un Padre bueno «a quien no vemos» y desentendernos del bien del hermano «a quien vemos».

Esto nos exige impulsar la evangelización como un servicio a ese hombre concreto. De ahí la necesidad de aprender a desarrollar de manera más explícita el poder humanizador de la fe tanto en la vida individual y familiar como en el tejido y las estructuras de la convivencia social. Y de ahí también la necesidad de solidarizarnos y colaborar con otros hombres y mujeres en tareas humanizadoras, aportando la fuerza salvadora, la interpelación y la esperanza que se encierra en la fe.

- ***Promoviendo la justicia***

70. Dios está velado en nuestros días no sólo por el silencio cultural de lo religioso, sino también por la injusticia de los hombres. Hemos de tomar conciencia de que la injusticia no es sólo un rasgo de la situación social del mundo; es también un componente de su situación religiosa, pues las diferentes injusticias son consecuencia directa de la idolatría vigente y, al mismo tiempo, sustentan el culto a los diferentes ídolos. Por eso, desvelar a Dios no es sólo anunciar explícitamente su nombre sino introducir en el mundo su Reino y su justicia. «La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, es decir, la misión de la Iglesia para la redención del género humano, y la liberación de toda situación opresiva».⁸²

El mal, «roca del ateísmo», sigue siendo para no pocos el gran obstáculo para acoger el mensaje de un Dios Bueno y Salvador. Por eso, el anuncio más creíble que los cristianos podemos ofrecer de Dios hoy, tal vez sea el luchar contra los males

⁸¹ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Redemptor hominis*, n. 13.

⁸² Sínodo de los Obispos 1971, *La justicia en el mundo*, Introducción.

evitables que tienen su origen en la injusticia de los hombres, y la compasión, el servicio y la solidaridad con los que sufren males inevitables.

No es superfluo recordar algunas de las tareas más importantes en la promoción de la justicia entre nosotros: la defensa de la vida humana desde su origen hasta su muerte; el logro de una paz justa; la defensa de la dignidad y de los derechos de las personas concretas; la solidaridad efectiva con los nuevos pobres y marginados de la sociedad; la creación de un futuro más digno y esperanzado para los jóvenes; la ayuda solidaria a los países pobres de la tierra; la defensa de la naturaleza y el equilibrio ecológico.

- ***Junto a los pobres***

71. La injusticia de los hombres aparece objetivada en el sufrimiento, la marginación, la humillación o desesperanza de todos los que, de una manera o de otra, son víctimas en la sociedad actual. Por eso, son ellos, los pobres, los agredidos en sus derechos más fundamentales, los maltratados, los que están pidiendo más que nadie el anuncio del Dios de Jesucristo y el Reino de Dios y su justicia. Lo ha recordado el Papa en diversas ocasiones: «La nueva evangelización no sería auténtica si no siguiera las huellas de Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres».⁸³

Os recordamos las preguntas que os hacíamos hace unos años: lo que estamos anunciando en esta sociedad y la vida que estamos promoviendo en nuestras parroquias y comunidades, ¿es «Buena Noticia de Jesucristo» para los pobres concretos que viven entre nosotros? ¿Cómo puede ser creíble nuestro mensaje de un Dios Padre y de unos hombres hermanos, si no estamos cerca de ellos, compartiendo sus problemas y sufrimientos, defendiendo sus derechos y comprometidos en sus aspiraciones a una vida más digna y humana? ¿Qué Evangelio se escucha en nuestras Iglesias si no les llega ningún signo salvador a los más pobres y olvidados de la sociedad?⁸⁴

La llamada a la conversión hoy

72. Aunque todavía son mayoría los que, según las encuestas, se consideran católicos, lo cierto es que sólo se pueden considerar válidos esos porcentajes al precio de rebajar notablemente los indicadores de lo que es ser católico.⁸⁵ Muchos de ellos están bautizados pero no han sido evangelizados ni han vivido una experiencia de conversión a Jesucristo. El misterio de Dios carece de relevancia tanto en su vida individual como social.

- ***La «primera conversión»***

73. Los motivos y los itinerarios que han seguido estas personas son muy diversos: distanciamiento de la práctica religiosa, crisis moral, situación matrimonial irregular, impacto de ideologías agresivas contra la fe, vida materialista, escándalos o experiencias negativas de la religión, ausencia total de iniciación cristiana... Hoy son personas instaladas en la indiferencia o la incredulidad.

⁸³ Juan Pablo II, Homilía durante la celebración de la Palabra en Viedma (Argentina) (7-IV-1987), n. 3, en *Ecclesia* 2.317 (1987), p. 637.

⁸⁴ Ver nuestra Carta Pastoral *Los pobres: una interpelación a la Iglesia* (Cuaresma-Pascua, 1981), en “Al servicio de la Palabra”, pp. 256-300.

⁸⁵ Ver *Congreso: Evangelización y hombre de hoy* (Madrid, 1986), p. 542.

Esta realidad, nueva entre nosotros, es una interpelación para nuestras Iglesias. La acción pastoral que de ordinario desarrollamos no está pensada para posibilitar el reencuentro con Dios en gentes indiferentes o descreídas. Y, sin embargo, es ésta precisamente la tarea a la que hoy se nos llama. Ayudar a estos hombres y mujeres que no han recibido nunca personalmente la llamada a la conversión a encontrarse con el Dios de Jesucristo. No se trata, pues, de «predicar la conversión a los pecadores», sino de suscitar «la primera conversión», es decir, la acogida de Dios como Amor absoluto e incondicional que da una orientación nueva a la existencia.

Naturalmente, esto no significa descuidar la conversión como proceso permanente de adhesión progresiva a Cristo y renuncia a nuestros pecados, sostenido y estimulado por la celebración del sacramento de la Penitencia.

- **Reconstruir la experiencia religiosa**

74. La llamada a esa «primera conversión» exige comenzar reconstruyendo la experiencia religiosa desde lo más fundamental, tomando las cosas desde el principio y acompañando a esas personas en un proceso religioso que las lleve a la acogida gozosa y agradecida de Dios como experiencia decisiva desde donde todo cobra sentido, orientación y esperanza.

No se trata, pues, de un proceso de instrucción ni de enseñanza catequética, sino de suscitar las preguntas, proponer el Evangelio y crear las condiciones que ayuden a cada uno a escuchar la invitación personal de Dios, y que permitan que suceda ese encuentro salvador con Jesucristo, sin el cual no es posible que una persona se sienta verdaderamente cristiana.

Esto exigiría un tipo de encuentros, diferentes del desarrollo normal de la catequesis, donde la comprensión de cada situación personal, la escucha sincera de las dudas y prejuicios, el testimonio de la propia fe del evangelizador, la oración de búsqueda —«Señor, creo, pero socorre Tú mi falta de fe»—,⁸⁶ la escucha directa de las palabras de Jesús en los evangelios, el análisis de la propia vida «sin esperanza y sin Dios en el mundo»⁸⁷ y, sobre todo, el anuncio de un Dios gratuito y liberador, ocuparán el lugar más importante. En todo ello es indispensable el encuentro personal como medio de evangelización, pues, en el fondo, «¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la propia experiencia de fe?».⁸⁸

- **La conversión como buena noticia**

75. La crisis del hombre moderno es, en gran parte, crisis de búsqueda de felicidad: el hombre actual no está acertando en su manera de entender y de buscar la felicidad. Lo grave es que, muchas veces, los creyentes no acertamos a ofrecer y comunicar la fe como fuente de vida más plena, más sana y, en su medida, más feliz.⁸⁹

⁸⁶ Mc 9,24.

⁸⁷ Ef 2,12.

⁸⁸ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 46.

⁸⁹ *Felicidad y fe cristiana*. Estudio del Consejo Pontificio para el diálogo con los no creyentes, Herder (Madrid, 1992).

Por eso, hoy no se nos pide sólo evangelizar de nuevo, sino evangelizar de otra manera, a fin de ayudar a los hombres y mujeres de hoy a que experimenten la conversión a Jesucristo como el paso a un modo nuevo de vivir y de ser, más sano, más verdadero y más gratificante. Convertirse a Dios es bueno, hace bien. Porque nos descubre y nos da fuerzas para aprender maneras nuevas y más humanas de amar, de convivir, de trabajar, de sufrir y de morir.

La acogida en nuestras comunidades cristianas

76. A lo largo de estos años hemos visto cómo no pocos bautizados han ido abandonando la comunidad cristiana alejándose de la asamblea dominical y perdiendo cada vez más su vinculación con la Iglesia. Al mismo tiempo, nos entristece ver el número grande de jóvenes que no se incorporan a la comunidad cristiana ni siquiera después de haber recibido el sacramento de la Confirmación.

Sin embargo, la fe no se vive en solitario. Ser cristiano es incorporarse a una comunidad y compartir la fe con otros creyentes formando la Iglesia de Jesucristo. Sólo en su interior se enraíza el creyente en el Evangelio, se nutre en la tradición apostólica y se alimenta en la Eucaristía común.

• Revitalización de las comunidades

77. La evangelización está pidiendo hoy comunidades vivas donde los creyentes vacilantes o los convertidos de nuevo al Evangelio encuentren el «hogar» que necesitan para que su fe crezca, se purifique y se enriquezca. Por eso, el Papa ha subrayado que «la nueva evangelización... está destinada a la formación de comunidades eclesiales maduras, en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su Evangelio, de encuentro y de comunión sacramental con Él, de existencia vivida en la caridad y el servicio».⁹⁰

Tuvimos ocasión de hablaros hace unos años de la comunidad cristiana.⁹¹ Hoy os manifestamos de nuevo una doble preocupación. Nos preocupan las comunidades anónimas o rutinarias, demasiado inertes para ser hogar y soporte de una fe viva. Nos preocupan también los grupos y comunidades excesivamente replegados sobre sí mismos donde se corre el riesgo de vivir la fe buscando, inconscientemente, los intereses del propio grupo y marcando distancias con los demás.

Construir comunidades vivas de fe ha de ser un objetivo irrenunciable en estos tiempos de increencia. Por eso os animamos a continuar e intensificar los esfuerzos, experiencias, tanteos y rectificaciones que estáis haciendo en las parroquias, buscando esa comunidad revitalizada donde los creyentes de hoy puedan vivir de manera gozosa y fraterna la experiencia, el testimonio y el compromiso de su fe.

• Comunidades acogedoras

78. Para promover la evangelización, «consideramos indispensable desarrollar un estilo de parroquia acogedora donde todos puedan encontrarse, como en su casa».⁹²

⁹⁰ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, n. 34.

⁹¹ *La Iglesia, comunidad evangelizadora* (Cuaresma-Pascua, 1983), en “Al servicio de la Palabra”, pp. 357-406.

⁹² *Congreso: Parroquia evangelizadora*, Edice (Madrid, 1989), p. 163.

Esto exige cuidar la acogida amistosa, desinteresada y cálida a todo el que se acerca. La legítima preocupación por celebrar bien los sacramentos no debe ser obstáculo para atender de manera evangélica y evangelizadora a quienes se acercan a la comunidad sólo con ocasión del bautizo o la primera comunión de sus hijos. Las comunidades han de estar preparadas para ofrecerles un camino de clarificación y crecimiento en la fe cristiana con el acompañamiento de algunos miembros de la comunidad que, al tiempo que van ejerciendo el discernimiento necesario, van acercándolos a Cristo y les van ayudando a descubrir los elementos fundantes de la fe.

Son bastantes los que, sacerdotes o seglares, sienten esta demanda religiosa como un impedimento para la evangelización. Sin embargo, ese acercamiento a la comunidad cristiana, aun con toda su impureza y ambigüedad, no es ajeno a una conciencia religiosa latente todavía en esas personas. No es el momento de «apagar la mecha que humea», sino de desarrollar las posibilidades evangelizadoras de ese encuentro.

Queremos también recordaros a todos que los bautizados que viven en situación matrimonial irregular, no por ello dejan de ser miembros de la Iglesia. El hecho de no ser admitidos a recibir la comunión no significa que deban ser excluidos de la comunidad. Como todos los demás cristianos, tienen derecho a escuchar la Palabra de Dios, tomar parte en la asamblea eucarística y en la oración de la comunidad, y recibir la ayuda que necesitan para vivir su fe y educar cristianamente a sus hijos. Una pastoral evangelizadora no deberá descuidar la atención a los matrimonios fracasados.

V.- EL GIRO HACIA UNA PASTORAL EVANGELIZADORA

79. Cuando hablamos de giro hacia una pastoral evangelizadora no estamos pensando en descuidar la atención a los cristianos jóvenes y adultos, que mantienen una relación más o menos estrecha con la Iglesia, a los que la comunidad cristiana debe seguir ayudando a crecer en la fe de una manera adaptada a sus necesidades. Lo que queremos es que nuestras diócesis acentúen la atención al mundo de los alejados, de los que prácticamente han perdido la fe o viven en la indiferencia, y que dirijan sus mejores esfuerzos pastorales al anuncio evangelizador.

Esta pastoral evangelizadora responde a una nueva situación: crisis de fe, abandono de la Iglesia, indiferencia religiosa. Requiere actitudes nuevas: recuperar la conciencia misionera. Tiene objetivos nuevos: anuncio «primero» del Evangelio, llamada a la conversión a Jesucristo, despertar de la fe. Se dirige a nuevas personas: las que han abandonado la comunidad cristiana. Obliga a revisar los contenidos de nuestra pastoral actual: todas las actividades han de adquirir un tono evangelizador y centrarse en lo fundamental del anuncio de la fe. Obliga a revisar la vida y los comportamientos de las comunidades cristianas: revitalización de la comunidad, del testimonio y del compromiso transformador. Obliga a incorporar nuevos métodos: encuentro con personas alejadas y propuesta cordial de la fe. Parte de una experiencia eclesial nueva: una Iglesia que trata de recuperar el espíritu de sus orígenes y lo que es esencial a su ser, el anuncio de Jesucristo.

Os proponemos algunos campos en los que creemos necesario iniciar el impulso de esta pastoral de carácter evangelizador. Queremos responder a esta pregunta: ¿qué pasos podemos dar ya ahora y en qué dirección?

Recuperar la conciencia misionera

80. La situación socio-religiosa que hemos vivido hasta hace poco nos ha llevado, a olvidar, al menos en parte, el compromiso propiamente evangelizador. Hoy se nos pide a todos los creyentes recuperar la conciencia de que somos enviados por Dios a la sociedad actual para introducir en ella el Evangelio de Jesucristo.

• *La implicación de la misma Iglesia diocesana*

Esto nos interpela, en primer lugar, a los Obispos que presidimos estas Iglesias de Euskal Herria en el nombre del Señor. Nuestras Iglesias han de sentirse llamadas y urgidas a actualizar su vocación evangelizadora y a hacer converger sus esfuerzos a la misión común.

Nosotros mismos, con aquellos que nos ayudan en el gobierno pastoral de estas Iglesias, queremos alentar este giro hacia una pastoral más evangelizadora y a priorizar aquellos proyectos y actividades que de él se deriven.

• *La responsabilidad de los sacerdotes*

81. Con el pasar de los años, los sacerdotes corremos el riesgo de olvidar nuestra originaria vocación evangelizadora, y de reducir el ministerio al cumplimiento de una función. Por otra parte, ocupados ya por múltiples trabajos y actividades, podemos no sentirnos disculpados de escuchar nuevas llamadas. Os animamos a todos

a reavivar el carisma apostólico y recordar que «lo que constituye la singularidad de nuestro servicio sacerdotal, lo que da unidad profunda a la infinidad de tareas que nos solicitan a lo largo de la jornada y de la vida, lo que confiere a nuestras actividades una nota específica, es precisamente esta finalidad presente en toda acción nuestra: “anunciar el Evangelio de Dios”».93

Los retiros y las convivencias sacerdotales, las actividades de las Facultades de Teología y de los Institutos de Teología y Pastoral, los cursos de actualización teológica, la aportación de los teólogos, deben converger hoy hacia ese objetivo y recuperar nuestra misión evangelizadora. Todos los sacerdotes, mayores y jóvenes, nos hemos de preguntar qué cambios hemos de introducir en nuestra vida y trabajo pastoral para responder con más fidelidad a nuestra vocación evangelizadora. Es, sobre todo, urgente que quienes trabajáis en las parroquias y comunidades cristianas entendáis y viváis vuestro servicio con esta conciencia: vuestra primera responsabilidad es revitalizar aquella comunidad despertando poco a poco en ella su vocación misionera.

• **El testimonio de los religiosos**

82. Los religiosos y religiosas estáis llamados a evangelizar la sociedad actual desde vuestro peculiar modo de seguimiento radical a Cristo. Es muy importante vuestra colaboración en todos los campos de la pastoral, pero no os queremos considerar sólo como una especie de voluntariado disponible para cualquier necesidad. Vuestra aportación más específica se enmarca en el ámbito del testimonio. Os lo recordaba Pablo VI: «La Iglesia no podría prescindir de estos testigos excepcionales de la trascendencia del amor de Cristo, ni el mundo podría dejar sin dar lo suyo apagar estas luces que anuncian el Reino de Dios con una libertad que no conoce obstáculos».94

Pero no cualquier manera de vivir la vida religiosa tiene el mismo valor evangelizador en la sociedad actual. Los hombres de hoy descubrirán el valor evangelizador de vuestra virginidad, si ven que no es aislamiento cómodo y egoísmo estéril, sino capacidad más amplia para el servicio desinteresado y el amor gratuito. Descubrirán el valor evangelizador de vuestra pobreza, si constatan que no es simplemente una manera diferente de organizaros la vida, sino solidaridad real y liberación para estar junto a los más pobres. Entenderán el valor evangelizador de vuestra obediencia, si ven que no es pérdida de personalidad, iniciativa o creatividad, sino búsqueda exigente de la voluntad de Dios: el bien del hombre.

Nuestras Iglesias diocesanas necesitan vuestro testimonio individual y comunitario de entrega radical a Dios y servicio incondicional a los hombres y mujeres de hoy. Os queremos recordar, que junto con vuestra predilección por los pobres en esta sociedad indiferente y descreída, vosotros estáis llamados, sobre todo, desde esa vida vuestra, sólo inteligible desde la trascendencia y utopía del Reino, a despertar en las personas el sentido de Dios, el gusto por la oración, la necesidad de vida interior, el anhelo de vida eterna. Vuestra presencia en las parroquias es necesaria para despertar y reconstruir la experiencia religiosa. Por otra parte, ¡cuánto podéis aportar hoy las comunidades contemplativas a la evangelización, si sabéis unir a vuestro testimonio, de vida consagrada la oración y la alabanza a Dios, la

93 Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 68.

94 Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 3.

acogida sencilla y cordial a quienes se os acercan buscando «a tientes» al verdadero Dios!

- ***El compromiso de los seglares***

83. No somos todavía conscientes de la anomalía que representa el que muchos cristianos, incluso practicantes, ni siquiera sospechen que están llamados a extender el Evangelio. Cambiaría totalmente el rostro de nuestras comunidades si los cristianos convencidos descubrieran que «la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado».⁹⁵

Es urgente que en las asambleas litúrgicas y en los grupos cristianos se recuerde esta vocación apostólica, y se ayude a los seglares a recuperarla y ser fieles a ella mediante compromisos y acciones de carácter directamente evangelizador. Por otra parte, en los procesos catequéticos no se ha de olvidar que el objetivo de una catequesis completa ha de ser también conseguir verdaderos testigos y comunicadores de la fe. Pedimos a los Secretariados diocesanos que, desde este criterio, revisen los procesos, métodos, enfoques y clima de las catequesis de jóvenes y adultos.

- ***La familia***

84. La familia actual se ha ido vaciando en pocos años del contenido religioso y cristiano que ha tenido entre nosotros. Hoy, por lo general, la familia no es una «escuela de fe», sino un lugar donde se transmite de padres a hijos indiferencia y silencio religioso. Y, sin embargo, la familia de padres cristianos puede y debe ser «un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia».⁹⁶ A pesar del cambio profundo del clima familiar, la familia sigue siendo un lugar privilegiado para la comunicación entre las generaciones, para la expansión y desarrollo de la persona y también, por tanto, para la transmisión de la fe.

Desarrollar la parroquia como comunidad evangelizadora

85. Donde sólo hay una agrupación religiosa rutinaria es prácticamente imposible la tarea evangelizadora. Por eso, uno de nuestros primeros objetivos ha de ser entender y desarrollar la parroquia como comunidad viva, sujeto de la acción evangelizadora.

Pensamos, como es natural, en una parroquia abierta e integradora donde todos los cristianos, los diferentes grupos, las comunidades religiosas, los movimientos y asociaciones colaboran en un proyecto evangelizador común.

En una parroquia así tienen también cabida las personas y los grupos apostólicos que, en la modalidad de «movimientos especializados» u otras formas reconocidas por la Iglesia, sirven a la evangelización en los diversos ambientes. Las múltiples formas de relación personal o institucional que se dan en estos ambientes, pueden ofrecer la base a una presencia misionera que posibilite el anuncio del Evangelio y haga eficaz su fuerza liberadora.

⁹⁵ *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

⁹⁶ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 71.

- ***La conversión de fondo***

86. Son bastantes las parroquias que siguen su marcha sin lograr romper la inercia pastoral. Por diversas razones, no tienen fuerza para reaccionar ante los retos del momento presente. Sin embargo, son más las que ensayan experiencias y tantean nuevos cauces para potenciar la evangelización.

Puede ser el momento en que nuestras parroquias se planteen de manera clara y decidida un objetivo: la conversión pastoral hacia la evangelización. Se trataría de vivir una experiencia de conversión eclesial donde tendría su lugar la revisión pastoral de la parroquia y la concreción de los cambios necesarios, pero donde sería más importante y anterior la escucha del mandato misionero de Cristo, la invocación al Espíritu, el descubrir juntos la misión evangelizadora de la parroquia y el compromiso gozoso de cada uno.

En nuestras parroquias tiene que suceder «algo» para que se desencadene un dinamismo nuevo: la irrupción del Espíritu del Primer Evangelizador. No hemos de pretender que esta experiencia sea inicialmente compartida por muchos. Si quiere ser intensa y comprometida, será de pocos. En algunos lugares nada de esto será posible si las parroquias no se ayudan mutuamente y comparten sus experiencias dentro de un mismo, arciprestazgo o zona pastoral. Esta Carta Pastoral os puede servir para la reflexión y sensibilización.⁹⁷

- ***Proyecto misionero***

87. Esta conversión pastoral se tiene que plasmar en un proyecto misionero, sencillo, pero concreto, donde aparezca con claridad el nuevo rumbo que quiere tomar la parroquia. No se trataría de hacer una actividad más, sino de elaborar un proyecto con el que se quiere iniciar, de manera modesta pero decidida, una nueva etapa en la historia de la parroquia. Para ello, puede ser útil implicar en su preparación, ejecución y evaluación a los diversos miembros, grupos y servicios de la comunidad parroquial.

Este proyecto debería ser reflejo de una parroquia que, en adelante, quiere trabajar como un verdadero centro de misión en aquel lugar. Por ello, en el proyecto se plasmaría: a quienes en concreto se siente enviada la parroquia; las acciones dirigidas a sectores alejados; el desarrollo del testimonio individual y comunitario; la potenciación de una «catequesis evangelizadora»; la evangelización de los jóvenes; el desarrollo de compromisos de carácter humanizador; la solidaridad con los necesitados.

- ***El Consejo Pastoral para la misión***

88. Un paso muy concreto y necesario para el impulso renovador de una parroquia es la creación del Consejo Pastoral cuyo objetivo más importante sea impulsar la misión evangelizadora de la parroquia. No se trata de un organismo que se establece para organizar un poco mejor lo que ya se viene haciendo, sino de un equipo que asume con convicción la tarea de ir despertando la conciencia misionera de la parroquia y de ir la poniendo de cara a su quehacer evangelizador.

⁹⁷ Puede servir también la obra *Congreso: Parroquia evangelizadora*, Edice (Madrid, 1989).

Los Consejos Pastorales parroquiales no están todavía debidamente arraigados en nuestras diócesis. De ahí la necesidad, tal vez, de pensar en encuentros de Consejos Pastorales dentro de las zonas o a nivel diocesano, para ir compartiendo experiencias e ir consolidando su funcionamiento.

Impulsar el anuncio y la catequesis misionera

89. En una sociedad supuestamente cristiana es normal que la catequesis de los niños polarice fuertemente la atención de la parroquia, pues son ellos los únicos que, se considera, no conocen la fe. En una sociedad como la actual, este planteamiento catequético requiere una profunda revisión. No se trata de descuidar la atención a los niños –en muchos de ellos hay que despertar la fe y la experiencia religiosa que no han conocido en su hogar–, pero es necesario ampliar el horizonte de los servicios catequéticos de la parroquia.

- ***La catequesis de adultos***

90. De la misma manera que nuestras parroquias han implantado la catequesis infantil, con su proceso, sus métodos y su estructura de catequistas, hemos de dar pasos concretos para establecer la catequesis de la iniciación cristiana para adultos como un servicio permanente en cada parroquia.

Se trataría de un proceso abierto a cristianos de fe vacilante (practicantes o no), orientado a suscitar un proceso de conversión y con elementos dirigidos a despertar una fe más personalizada, más vivida y experimentada, mejor compartida en la comunidad, más encarnada en el mundo y más confesante.

Los primeros pasos serán modestos. Nos faltan catequistas. No sabemos convocar. Necesitamos aprender métodos nuevos. Pero no dudamos de que éste es un objetivo claro que ha de perseguir toda parroquia responsable de cara al futuro.

- ***La evangelización de los jóvenes***

91. La pastoral evangelizadora tiene que dirigirse también a las nuevas generaciones, sin dar por supuesto que son cristianas o que pueden iniciarse por sí mismas a la fe. Si no logramos llevar el anuncio cristiano hasta esos jóvenes, muchos de ellos quedarán para siempre sin Evangelio.

Conocemos todos los esfuerzos y experiencias que venís haciendo en no pocas parroquias en torno al sacramento de la Confirmación. Es el momento de recoger esa experiencia, revisar los resultados e incidir con nuevo entusiasmo en lo esencial. Es el momento también de dejar a un lado recelos o malentendidos y aunar esfuerzos, parroquias y escuelas cristianas, catequistas y educadores, con un objetivo común: evangelizar a los jóvenes.

Por nuestra parte, os proponemos tres objetivos precisos para impulsar esa evangelización: concentrar los esfuerzos en una llamada clara y explícita a la conversión a Jesucristo; en algún momento han de tomar los jóvenes la decisión fundamental que oriente su vida en una dirección cristiana o no. Introducir de manera más efectiva la experiencia religiosa (oración, escucha de la Palabra, testimonio de otros creyentes, Eucaristía, interiorización del Padre nuestro): al joven posmoderno no se le evangeliza sólo con una proposición de verdades cristianas. Iniciarlos en la

Eucaristía de la comunidad y facilitarles su participación en la celebración cristiana del domingo: sin una vinculación a la comunidad cristiana, su fe no logrará enraizarse.

También los centros escolares no confesionales, sean públicos o de iniciativa social, ofrecen una plataforma importante y válida para realizar el anuncio cristiano a los jóvenes que libremente así lo deseen. Hemos de ser conscientes de que, para muchos de estos jóvenes, en las actuales circunstancias, tales centros pueden ser el medio casi único de entrar en comunicación con el mensaje cristiano y de tener acceso a la fe. Queremos, por ello, animar a cuantos educadores prestan este servicio a la evangelización, para que sigan realizándolo con ilusión a pesar de las grandes dificultades con que frecuentemente tropiezan.

- ***El anuncio a los alejados***

92. Hemos de ir aprendiendo y experimentando poco a poco encuentros con personas alejadas donde sea posible una presentación explícita, sencilla, testimonial de la fe cristiana. No hemos de pensar en cosas complejas. Los primeros pasos serán modestos y se moverán, sobre todo, en el terreno del diálogo, la escucha sincera, el testimonio y la narración de la propia fe. En este sentido os animamos a que sigáis cuidando y mejorando el encuentro evangelizador con personas alejadas que se acercan a la parroquia (contactos con padres con ocasión del Bautismo o primera comunión de sus hijos, novios indiferentes que piden recibir el matrimonio, funerales de personas alejadas...). También puede ser oportuno otro tipo de contactos como reuniones domésticas, visitas evangelizadoras, invitaciones a Jornadas dedicadas al anuncio intensivo del Evangelio, encuentros de familias jóvenes.

La experiencia de estos contactos nos enseñará a dar nuevos pasos de manera más sistemática. Pensamos, sobre todo, en procesos para grupos reducidos, con el nombre de catecumenado o sin él, con métodos y espíritu diferentes a los catequéticos, en actitud de escucha sincera de sus planteamientos, formulando las preguntas que ningún ser humano debe eludir, deshaciendo prejuicios y experiencias negativas, despertando la conversión a Jesucristo.

- ***La preparación de catequistas evangelizadores***

93. Todo lo que venimos diciendo exige, ante todo, prepararnos nosotros mismos y preparar catequistas al servicio de la evangelización: cristianos convencidos, que han descubierto su vocación misionera y se capacitan para evangelizar al hombre de hoy. La formación de estos catequistas evangelizadores es decisiva: de ellos depende, en buena parte, el giro catequético que han de dar nuestras parroquias hacia la evangelización.

Por eso os pedimos y animamos a los teólogos y a los Centros Teológicos de nuestras diócesis, a los Institutos de Pastoral, a los Secretariados diocesanos de Catequesis, que asumáis como una tarea primordial en estos momentos esta formación de catequistas evangelizadores. Ayudadles a tener una visión clara del anuncio cristiano en sus contenidos fundamentales (Kerigma apostólico), enseñadles a captar los puntos de encuentro entre las necesidades del hombre moderno y las respuestas que se ofrecen desde la fe, iniciadlos en nuevos lenguajes para proponer fielmente el mensaje perenne de la fe de manera más comprensible y aceptable por los hombres y mujeres de hoy. Puede ser vuestra aportación más eficaz a la evangelización.

Potenciar la fuerza evangelizadora de la celebración cristiana

94. La liturgia exige una previa evangelización. Celebran la fe los que ya son creyentes. «Antes de que los hombres puedan acceder a la liturgia, es necesario que sean llamados a la fe y a la conversión».⁹⁸ Por eso, es precisamente en esos momentos de la celebración cristiana cuando actuamos suponiendo más la fe de cuantos participan en la asamblea. Pero lo cierto es que hoy en nuestras celebraciones litúrgicas están también presentes cristianos de fe muy débil o apagada e, incluso, personas alejadas de la fe o no evangelizadas por nadie (funerales, bodas...).

Esto significa que hemos de aprender a presidir y celebrar la liturgia en clave más evangelizadora. No se trata de desvirtuar la celebración ni de instrumentalizarla para fines extraños a la misma, sino de cuidar que esas celebraciones puedan ser anuncio evangelizador.

• *Liturgia en clave evangelizadora*

95. Ante todo, hemos de diferenciar bien las diversas situaciones, pues no podemos plantearnos de la misma manera la celebración de la fe cuando la asamblea está compuesta por creyentes convencidos, cuando se trata de practicantes rutinarios o cuando muchos de los asistentes son gentes alejadas de la fe.

Cuando se trata de practicantes rutinarios, es dese evangelizador seguir alimentando esa rutina con una celebración lánguida y apagada donde la escucha del Evangelio y la comunión eucarística han perdido toda su fuerza interpeladora. Las parroquias y centros de culto tienen que estudiar detenidamente esas celebraciones masivas y ver qué elementos hay que introducir para que resuene en ellas el anuncio del Evangelio: contenido de la predicación, llamada a la primera conversión a Dios, estilo interpelador de las moniciones, silencios significativos, selección de cantos... Una pastoral evangelizadora nos está exigiendo introducir en esas celebraciones una mejora que es posible y puede tener en no pocos una eficacia evangelizadora.

Por otra parte, hay un dato que no hemos de menospreciar: muchas personas alejadas asisten varias veces a lo largo del año a celebraciones cristianas por razones de vínculos familiares o sociales. Algunas se sienten incómodas y extrañas, otras indiferentes, la mayoría en actitud de respeto. Estamos convencidos de que una celebración vivida de manera auténtica, con una participación sentida por parte de los creyentes, puede tener un impacto evangelizador más fuerte que muchas palabras.

No olvidemos en esas celebraciones que «el Espíritu Santo, agente principal de la evangelización, es quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación».⁹⁹ Nuestra tarea es preparar con esmero la celebración, extremar la acogida, potenciar la fuerza expresiva de los signos y los gestos, intensificar la participación interna y externa del núcleo de creyentes, cuidar el lenguaje, la homilía, las moniciones y los cantos de manera que conecten con la sensibilidad del hombre alejado y le ayuden a abrirse a Dios.

⁹⁸ *Sacrosanctum Concilium*, n. 9.

⁹⁹ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 75.

- ***La Eucaristía dominical***

96. No hemos de descuidar las posibilidades evangelizadoras de la Eucaristía dominical. Según el Concilio Vaticano II, ella es «la fuente y la cumbre de toda evangelización».¹⁰⁰

Esa celebración de la Eucaristía, sí es confesión gozosa de la fe en el Resucitado y se cuida la escucha viva de la Palabra, la comunión con Cristo, la profesión responsable del credo, la invocación sincera a Dios, la asamblea fraterna, se convierte en la experiencia religiosa más fundamental de la parroquia, que va creando poco a poco un estilo de comunidad más consciente de su fe, más gozosa y más capaz de testimonio evangelizador.

Domingo tras domingo se van celebrando estas eucaristías en las parroquias y comunidades de nuestras diócesis. ¿Por qué no se convierten en fuente de misión evangelizadora? También aquí hemos de sentir nuestra responsabilidad. Nos hemos habituado a celebrar la Eucaristía sin recordar el mandato evangelizador. Nuestras eucaristías nos «congregan» en asamblea pero no nos «disgregan» hacia la evangelización. Por eso, hemos de preguntarnos qué les falta a esas eucaristías para impulsar la misión: recuerdo del compromiso de cada cristiano, propuesta de campos concretos de acción, consignas misioneras, sensibilización de los padres sobre su responsabilidad educadora...

- ***Responsabilidad de los sacerdotes***

97. Los sacerdotes sabemos que nuestra actuación es decisiva a la hora de preparar la celebración, animar la asamblea y presidir la liturgia. Os animamos a concretar hoy vuestra responsabilidad en un triple compromiso: dedicar más tiempo a preparar las celebraciones, en especial aquéllas a las que sabemos acudiré gente alejada; cuidar esa preparación desde una preocupación evangelizadora; orientar nuestra predicación en una línea más misionera, de anuncio fundamental del mensaje cristiano, expuesto de manera sencilla y clara, orientada a despertar la fe y la conversión en conciencias atrapadas por las dudas, los prejuicios o la indiferencia.

Promover el compromiso humanizador

98. En una sociedad como la nuestra, la credibilidad del anuncio cristiano, lo hemos dicho ya, no depende sólo de palabras pronunciadas con fe y repetidas con insistencia. Son necesarios los gestos que hagan más creíble el mensaje. De alguna manera, deberíamos poder decir también hoy las palabras de Jesús: si no me creéis a mí, al menos creed por las obras.¹⁰¹

La pastoral que queremos impulsar carecería, en buena parte, de su fuerza evangelizadora si la redujéramos a proclamación de un mensaje.

¹⁰⁰ *Presbyterorum Ordinis*, n. 5.

¹⁰¹ Cfr. Jn 10,38.

- ***El compromiso humanizador de la comunidad***

99. En general, la pastoral que se desarrolla en nuestras parroquias tiende a privilegiar el anuncio doctrinal, la palabra, la catequesis. Descuida más los gestos, los signos, los hechos que introducen en la sociedad el Reino de Dios y su justicia. Una pastoral evangelizadora pide entender y desarrollar la parroquia como «fermento de nueva humanidad» allí donde está implantada.

Nuestras Iglesias y nuestras comunidades cristianas tienen que desarrollar más una pastoral de gestos evangelizadores que hagan más creíble su mensaje. Los campos de actuación pueden ser diversos. Os sugerimos algunos: defensa de la vida y de los derechos humanos de las personas; búsqueda sincera de convivencia pacífica; creación de un clima más propicio para la paz; gestos de reconciliación y perdón; acciones dirigidas a despertar la conciencia ciudadana ante injusticias y problemas diversos; signos de austeridad ante el consumismo; solidaridad con el Tercer Mundo; colaboración en la misión evangelizadora universal.

- ***Junto a los «nuevos pobres»***

100. Pero no hemos de olvidar el signo evangelizador por excelencia: el amor servicial a los pobres y marginados. Nuestra evangelización no será fiel a Jesús si lo que promovemos y vivimos hoy en nuestras parroquias y comunidades no puede ser leído como Buena Noticia de Cristo por estos pobres concretos que viven entre nosotros.

La variedad y complejidad de las formas de pobreza que genera la vida moderna es grande. Por otra parte, la crisis económica está provocando nuevas situaciones de desamparo y necesidad. Los rostros concretos de los «nuevos pobres» completan una lista larga y creciente: parados hundidos en el empobrecimiento progresivo, ancianos desatendidos, jóvenes drogadictos y desarraigados, extranjeros rechazados, transeúntes inadaptados, enfermos mal atendidos, personas solas y depresivas, parejas rotas. Toda esta realidad no nos ha de hacer olvidar que estamos hablando de evangelización en un área privilegiada desde donde es fácil ignorar a los más pobres y desfavorecidos de la Tierra.

En esta sociedad que se va escindiendo cada vez más en sectores seguros e instalados y sectores excluidos y marginados, la nueva evangelización no puede olvidar a los «nuevos pobres». Una pastoral evangelizadora ha de poner a estos pobres en el centro de la atención y del amor fraterno de la comunidad cristiana.

Por eso, los que colaboráis en Cáritas, Pastoral de la Salud, Pastoral Penitenciaria, o trabajáis en diferentes formas de voluntariado y otros servicios humanitarios, no os debéis sentir apartados de la tarea evangelizadora. Al contrario, tenéis que saber que sois vosotros precisamente los que habéis de ayudar a que crezca el signo más evangelizador de los cristianos: el amor efectivo al pobre y al necesitado.

A vosotros se os pide revitalizar vuestro trabajo e intensificar vuestra acción, promoviendo iniciativas y compromisos que hagan crecer en nuestras Iglesias la solidaridad cristiana. Vuestro campo de acción es amplio: ayuda al parado y su familia, rehabilitación de toxicómanos, atención domiciliaria a ancianos, cercanía a los enfermos más necesitados y desasistidos, defensa y acogida a los extranjeros, lucha contra la soledad e incomunicación, servicio a los encarcelados, defensa de la mujer maltratada...

- ***El compromiso de los seglares en la sociedad***

101. No hemos de olvidar que es el seglar, convertido por el Evangelio, el que, en medio de la sociedad, «es a la vez testigo e instrumento vivo, de la misión de la Iglesia misma».¹⁰² El contar en nuestras diócesis con un número muy elevado de seglares tomando parte activa en los servicios y estructuras internas de la Iglesia, no nos ha de llevar a minusvalorar o descuidar la presencia y la acción de los cristianos en las estructuras y el dinamismo de la vida social.

Al contrario. Una Iglesia que toma nueva conciencia de su misión evangelizadora en medio del mundo ha de enviar a los seglares a realizar su tarea evangelizadora precisamente en medio de la sociedad. «Es ahí donde Dios los llama a realizar su función propia, dejándose guiar por el Evangelio para que, desde dentro, como el fermento, contribuyan a la santificación del mundo».¹⁰³

Hace unos años, los Obispos señalábamos cuatro campos importantes para esta presencia del seglar en la sociedad actual: la familia; la escuela y el mundo de la cultura; el mundo del trabajo y de las actividades profesionales; el campo de la política.¹⁰⁴ Queremos también urgir, de manera especial, vuestra presencia y participación activa en el proceso pacificador de nuestra sociedad.

Una pastoral evangelizadora ha de atender con solicitud este quehacer de los seglares «al que no podría renunciar sin parcializar y deformar el alcance y contenido de su misión evangelizadora».¹⁰⁵ Por ello, nuestras parroquias y comunidades cristianas han de alentar este compromiso de los seglares ayudándoles a descubrir su sentido religioso y su valor evangelizador, ofreciéndoles criterios de actuación y fortaleciendo la comunión eclesial en medio de «la legítima pluralidad de opiniones temporales discrepantes».¹⁰⁶

¹⁰² *Lumen gentium*, n. 33.

¹⁰³ *Ibíd.*, n. 31.

¹⁰⁴ *Los católicos en la vida pública*. Instrucción pastoral de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, nn. 150-171.

¹⁰⁵ *Ibíd.*, n. 175.

¹⁰⁶ *Gaudium et spes*, n. 75.

CONCLUSIÓN

102. Al concluir esta Carta Pastoral que nos convoca de nuevo a todos a la tarea evangelizadora, no olvidamos que «no habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu».¹⁰⁷ Por muy generosos que sean nuestros esfuerzos y muy acertados los cambios que introduzcamos en la labor pastoral, nunca podrán reemplazar «la acción discreta del Espíritu».¹⁰⁸ Él es «el agente principal de la evangelización»¹⁰⁹ y sólo escuchando su llamada podremos cumplir nuestra misión.

No podemos conocer el futuro de nuestro pueblo. Pero sabemos que la fe y la vida cristiana podrán también crecer y enraizarse en las nuevas condiciones sociales y culturales de los años venideros. Lo que a nosotros se nos pide hoy es impulsar nuestra acción pastoral hacia una Iglesia más evangélica y evangelizadora. Por eso, os invitamos a todos a leer esta Carta escuchando desde dentro la llamada del Espíritu: «¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís?».¹¹⁰

Que María Madre del Primer Evangelizador, que, con el testimonio de su fe total en la Palabra de Dios y su actitud de servicio, supo llevar la Buena Nueva de su Hijo a su prima Isabel,¹¹¹ inspire y sostenga nuestra tarea evangelizadora.

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria
3 de abril de 1994
Pascua de la Resurrección del Señor

+ **Fernando**, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela
+ **Luis María**, Obispo de Bilbao
+ **José María**, Obispo de San Sebastián
+ **José María**, Obispo de Vitoria

¹⁰⁷ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 75.

¹⁰⁸ *Ibíd.*

¹⁰⁹ *Ibíd.*

¹¹⁰ *Ibíd.*, n. 76.

¹¹¹ Lc 1,41-45.